



CÓMO MATAR UN CARACOL

LUCERO DE SANTIAGO

PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA
SOLTAR LAS AMARRAS - 2025

Marco Antonio Bonilla Mendoza
PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

María Fernanda Bencomo Arvizo
DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA DEL MUNICIPIO DE CHIHUAHUA

José Arturo Santillanes Hernández
COORDINADOR DEL PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA

Heber Mauricio Rivera Anguiano
FOMENTO A LA LECTURA

CÓMO MATAR UN CARACOL
© Lucero de Santiago

Primera edición:
Septiembre 2025

Ilustración de cubierta: Daniela Aranza Sánchez Duarte

ISBN: En trámite

Prohibida la reproducción total o parcial de la obra para fines lucrativos por cualquier medio, sea electrónico o físico, sin permiso previo del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua. Se autoriza la reproducción de fragmentos para divulgación, difusión de la obra y promoción de la lectoescritura, siempre y cuando se cite la fuente original.

EDITADO Y PRODUCIDO EN MÉXICO.

CONTENIDO

CÓMO MATAR UN CARACOL	15
LA PECERA	21
LA SAL	53
LA LLUVIA	79



*“Un escritor escribe su libro para explicarse
a sí mismo lo que no se puede explicar.”*

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Aún recuerdo con emoción la primera vez que leí *El Principito*. Sin lugar a duda, la manera en que un libro puede conmover y modificar la forma de ver el mundo es irrepetible.

En un tiempo tan convulso como el que vivimos, escribir es un acto de libertad y de esperanza. Las buenas historias no sólo entretienen: nos ayudan a entender la realidad y nuestra propia vida.

Por eso, desde el Gobierno Municipal fomentamos el Programa Editorial Chihuahua (PECH), por medio del Instituto de Cultura. Este esfuerzo abre camino a nuevos escritores de nuestra ciudad, ofreciendo un foro para compartir sus ideas y visiones.

El PECH es más que una colección de libros: es la voz de las y los autores chihuahuenses. Porque la literatura — el arte de la palabra escrita — nos da identidad. Somos, en gran medida, lo que leemos y lo que escribimos.

Reafirmamos así nuestro compromiso con la cultura y con quienes la sostienen: nuestros artistas y creadores, esos soñadores que nos regalan un poco de su intimidad en cada página y obra que hacen.

Así, no me queda más que decir: gracias. Gracias por hacer de nuestra ciudad un espacio donde las ideas y el arte florecen.

Marco Antonio Bonilla Mendoza
PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

*“Escribir es un acto de resistencia, una forma
de desafiar al mundo y dejar una
huella duradera en él.”*

TONI MORRISON

En este año 2025, el Programa Editorial Chihuahua continúa consolidándose como una de las plataformas más valiosas para las y los autores de nuestro municipio. Gracias al esfuerzo del Gobierno Municipal, a través del Instituto de Cultura, hoy celebramos la publicación de 12 nuevos títulos en la colección PECH 2025 y PECH infantil y juvenil 2025.

Con más de 60 títulos publicados desde su creación, el Programa Editorial Chihuahua reafirma su compromiso de ser casa y refugio para la palabra escrita, acompañando tanto a voces nuevas como a autoras y autores con trayectoria. Esta colección es un testimonio del talento creativo que existe en Chihuahua, y una invitación permanente a acercarnos a los libros, a las ideas y a las historias que nacen de nuestra tierra.

Agradezco profundamente a las y los autores de Chihuahua por su confianza y por seguir compartiendo su visión del mundo a través de la literatura. Sus obras son faros que iluminan a nuestra comunidad, y que fortalecen nuestra identidad.

Invito a todas y todos a leer los libros de esta colección y a descubrir en ellos la riqueza de nuestras letras. Con gratitud y entusiasmo, felicito a quienes hoy forman parte de la colección PECH ¡Que estas páginas sigan siendo fuente de inspiración, encuentro y orgullo para nuestra comunidad!

María Fernanda Bencomo Arvizo
DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA DEL
MUNICIPIO DE CHIHUAHUA

CÓMO MATAR UN CARACOL

Para mi esposo y mi hijo, en quienes
encuentro mi lugar feliz.

A quienes se han llegado a sentir sin lugar
en el mundo.

LA PECERA

1

Eran muchas las cosas que Elvira despreciaba. Entre lo que más detestaba era esa pecera de José, al fondo de la sala en el recibidor de la casa; y, más aún, a ese cochino caracol, lento y baboso, que, patético, se escurría de extremo a extremo en los cristales de la pecera. Cuando no se estaba desplazando, el molusco se quedaba detenido en una esquina, mostrando su carne pegajosa como la boca de un monstruo que se ríe del mundo.

Por las mañanas, José iba, antes que cualquier otra cosa, a alimentar a sus peces. En algunas ocasiones llegaba a encontrarlos flotando en la superficie boca arriba e inflados. Entonces, se apresuraba a limpiar la pecera. José iba detrás de un sillón, viejo y café oscuro, el más pequeño de la sala, y se inclinaba sobre este para tomar la red que escondía en el resquicio contra la pared. La sacudía para eliminar el polvo y las pelusas. A veces en tiempo de calor llegaba a encontrar

cucarachas secas boca arriba apoyadas contra la estructura de la red de malla.

Recoger los peces muertos de la pecera era una tarea que debía realizarse con agilidad y rapidez, y en comparación con las otras labores cotidianas de José, esta era la única en que demostraba diligencia.

Esa era una mañana preciosa, y otro pez había muerto.

—Se te murió otro —dijo Elvira, medio encorvada, los brazos cruzados, con un tono uniforme y cansado. La voz fatigada de su esposa, hizo que José se girara hacia ella en silencio y cuidando una posible mueca espontánea.

Había que sacar los peces muertos antes que el caracol se los comiera por completo. Claro que esa noche fue un banquete para el molusco, pero no había porqué dejar pasar las horas y que un caracol manzana se comiera un pez muerto, mientras Velia ordenaba el cuchitril de su sala, cuando sacudía con paciencia la legión de santos repartidos en el bufetero, o reacomodaba los animalitos que acompañaban a los pastores entre cantos silenciosos. Aquello hubiera sido una desgracia: el monstruo devorando al pez muerto frente a las caras inocentes de los santos, ¡imposible! ¡No fueran a recordar cuando mucho tiempo antes de la porcelana china fueron destazados, quemados vivos o arrastrados por caballos! Ciertamente es que, de noche no había preocupación, la dieta de los seres carroñeros es silenciosa, y, en las penumbras, los santos se quedan ciegos ante la tragedia.

En eso coincidían Elvira y José: no había porque permitirse la desgracia de la vida y la muerte, aunque fuera en ese pequeño ecosistema doméstico. Les traía, además, recuerdos desagradables.

En la primera mañana de crimen, Elvira descubrió el esqueleto del pez ángel aún con carne atorada entre sus escamas. El caracol estaba prensado del esqueleto frágil mientras se movía en espasmos constantes. Elvira sintió náusea

y un mal sabor de boca. Ese día le costó más trabajo comer, pues la macabra imagen se repetía una y otra vez en su memoria. También fue el primer día, entre muchos, que pasó tendida en la cama sin una razón medianamente comprensible para explicar su aislamiento. Tumbada, con las cobijas cubriéndole y la cabeza bien apretada con una mascada que ella misma se ajustaba con fuerza. Le daban dolores de cabeza con regularidad, o a veces una falsa migraña, para que la dejaran en paz su esposo y su suegra, Velia, para que no juzgaran que quisiera quedarse a oscuras y sin comer; sin limpiar ni cocinar; a solas, para que no sintieran pena por ella, por ser una mujer joven, casada y con la vida por delante para ser feliz.

Elvira no quitaba la mirada de su esposo. Se sentó en uno de los sillones frente a la pecera. Le incomodó la imagen lechosa de la red penetrar la pecera y atrapar al pez muerto. Desvió la mirada hacia otro lado y la molestia se incrementó al sentir cientos de ojos estáticos iluminarse con las primeras luces de la mañana; las miradas de santas, santos, pastores y ángeles observándolos.

La sala estaba en la entrada de la casa. Tenía unas amplias ventanas que daban hacia la calle. Las ramas de los moros se movían con la brisa caliente de la mañana y proyectaban sus luces extrañas en el interior de la casa. Había decoraciones: la imagen de la virgen María rodeada por veladoras, y el Sagrado Corazón de Jesús en un retrato en tercera dimensión hecho de caoba, humedecida y vieja, desde el cual Cristo sobresalía del relieve con el corazón entre las manos. Dos retratos familiares, uno de un anciano con sombrero y su bastón; otro de una mujer y un hombre, serios y bien arreglados, pero medio desvanecidos por el paso del tiempo y la humedad. Y en el rincón, la pecera de José sobre una base de metal.

José dejó caer el pez en una bolsa de plástico y salió de la casa para tirarlo en el tambo grande de la calle.

El pez ángel fue el primero en morir, entre otros peces de diversos colores y formas. Y para todos fue un proceso similar. El pez ángel fue el primer pez en morir en el acuario; aunque la segunda muerte en dolerle de verdad a Elvira, porque antes fue el encuentro triste con la pantalla de una extraña computadora reproduciendo la imagen siniestra de su vientre acuoso y vacío, de no ser por una diminuta plaqueta desvanecida, similar a un pequeñísimo pez color plata, o la aparición fantasmal de algo que, a penas por un momento, frágil y efímero, estuvo vivo bajo sus entrañas. Elvira no se sentía triste, no como antes que se le enrojecían de inmediato las mejillas y los ojos acuosos, que contenían las lágrimas. No, eso no le sucedía. Lo recordaba como algo triste, y nada más, y en la vida pasan muchas cosas, y muchas cosas son tristes.

No. Algo había sido distinto entonces. José retiró los restos del pez ángel con una mueca de angustia pasajera. Los echó por la taza del baño y volvió junto a la pecera para revisar el termómetro y el filtro. Su madre se enfureció por el goteo de agua apestosa que dejó José de la pecera hasta el baño, y por el mal olor que quedó por varios días.

Esa mañana, varios meses después de la muerte del pez ángel, otro pez flotaba como un lirio desgraciado.

— Eso de la pecera no vale la pena, José, se mueren tan fácil, tan rápido... todos menos ese asqueroso caracol — decía Elvira, siguiendo insistente con la mirada los movimientos calmados de su esposo.

— No entiendo por qué te da tanto asco. ¿Sabías que los caracoles viven en nuestro planeta desde hace muchísimos siglos? — dijo desganado, mientras dejaba caer el alimento sobre la superficie de la pecera. Los peces subían apresurados

como pétalos de flores silvestres que el viento arranca hacia el cielo.

— Es desagradable, demasiado — dijo Elvira a su esposo, casi en un susurro mientras sentía el paso sereno de su esposo dirigirse hacia el baño. Elvira se quedó quieta mirando los peces, evitando encontrar al caracol. Escuchó la puerta del baño cerrarse, el agua de la regadera caer y los movimientos sonoros de su suegra en la cocina, entremezclados con las burbujas del filtro reventándose en la superficie de la pecera.

2

Eran muchas las cosas que Elvira detestaba. Además de esa pecera y su cochino caracol, le disgustaba la humedad lechosa en su casa que volvió los techos de un color verdoso, y los pobres y viejos acabados de las paredes similares a la piel de un anciano que, con el paso del tiempo, se iban desprendiendo como concha nácar podrido. Eso era todo el año. No obstante, la situación empeoraba en temporada de lluvias: debían mover los muebles, atinar con precisión la caída de las gotas con los recipientes de plástico y las ollas viejas de latón. Verano tras verano, se deterioraba paulatinamente el techo de la casa.

Su hogar era una especie de caverna donde, la mayoría de las veces, se sentía incómoda. No se trataba sólo de las condiciones precarias de la casa que ni siquiera le pertenecía a Elvira o Juan. Nada ahí era de ellos, ni su cama, ni un plato o taza, ni una casa como refugio u hogar. Esa cueva oscura y descuidada donde dormían, comía, discutían y se refugiaban del mal, era de Velia.

— Nomás un rato, amor, para no dejarla sola. Ya está muy vieja — dijo su esposo después de casarse—. Con lo poco que gano, aunque ya viste que la vida es más barata

en las ciudades pequeñas o pueblos, si quieres, como luego tú dices, lo que podríamos rentar estaría muy retirado de la secundaria.

Y secretamente, sin decirse nada el uno al otro, cada uno esperaba que la vida restante de Velia fuera breve, y que entre tanta desempolvada se le agotara el corazón viejo. Era cuestión de ser paciente ante la inminente tragedia de la naturaleza.

—Sí, está bien —respondió Elvira.

Los primeros meses de matrimonio sintió mucha pena por su marido, sobre todo cuando llegaron unas lluvias, leves y rápidas. Tantos años en esa casa durante su infancia y adolescencia produjeron daños en los pulmones débiles de José como la terrible tos, los estornudos sonoros y constantes, y el ridículo escurrimiento de mocos que, en ocasiones, llegaba a ser como abrir de golpe una llave del agua. A veces resultaba tan molesta la irritación en las vías respiratorias de José que, de manera imprevista y rápida, corría desde su nariz un hilo de agua cristalina. Era penoso verlo. Al principio Elvira desviaba la mirada, no quería que José se sintiera mal, pero fue acostumbrándose a la visión regular de su esposo al moquear. Cuantas noches tuvieron que detener el frenesí amoroso de un matrimonio joven a causa de los mocos, por culpa de los estruendosos estornudos.

—No creo que esté bien que te pase eso, José —dijo Elvira en medio de la noche, al despertarse por el brusco movimiento de la mano de José buscando en el buró el rollo de papel. Por la mañana, mientras tomaban el café, Elvira comentó lo sucedido al tiempo que buscaba con la mirada un gesto de aprobación en la cara indiferente de Velia. Hubo un silencio interrumpido por el sonido aumentado de la anciana sentándose en la silla, y la cuchara revolviendo con demasiada fuerza el azúcar en la taza de café.

—No le des importancia, mijo. Ya ves lo que le pasó a la vecina, ¡pobre de la Socorro! ¿Te acuerdas cómo le chorreaba la nariz con agua? Una vez me dijo Marcela, su sobrina, que cuando la llevaron al médico llenó de golpe un tubo, ¡y todo eso nomás para que en los análisis del hospital le dijeran que no tenía nada! La pobre terminó por darle un sentido, gracias a mi padre Dios, a su desgracia y con esa agua bendita regaba sus rosales. ¿Te acuerdas que rosales tan más bonitos? Ya nomás se murió y a mí no se me va de la memoria cómo se llenaron esos rosales hermosos de cochinillas gigantes que, ya luego que terminamos con los novenarios, se nos dejó venir una terrible plaga, ¡Dios nos amparé de *su* ira! Hasta acuérdate de Mercedes, ya le faltaba poco para que naciera su hijo, y así de pronto, le dieron unos dolores tremendos. Decía Antonia, su vecina, que la criatura se le salió, pero así muerta y con la cara como la de un murciélago —concluyó Velia con la mano trémula enroscada en el rosario que llevaba siempre colgado al cuello.

Elvira tomó su taza con ambas manos y se la llevó a la boca, aunque no bebía café. José empujó su taza con prisa y derramó un par de gotas sobre su camisa.

Esos primeros meses no había dinero. Lo gastaron en la boda. No podían rentar y tampoco creían que valiera la pena sacrificar otras necesidades por vivir en su propia casa, considerando que aquello de vivir en ese lugar era pasajero.

Esa casa exigía más esfuerzo, trabajo y devoción que otras. Daba la ridícula impresión de hacer las cosas para nada. Debido a la humedad, nunca olía a limpio, aunque Elvira usara más limpiador para pisos: el aroma de la lavanda se esfumaba rápido ante la podredumbre. Las paredes desconchadas cubrían de un polvo suave todas las superficies. Era una lucha sin sentido.

—Amor, ¿no crees que estaría bien que arregláramos lo de las goteras?

—Sí, amor —contestó José a secas.

Después de unos días sin nada de cambios, en la noche, cuando Elvira no podía dormir, se giró hacia su marido y dijo en voz baja:

—No te vas a recuperar de esa tos nunca, hay demasiada humedad en esta casa. Entiendo que no rentemos, pero mira, hasta por el bien de tu mamá.

José se giró hacia el otro lado de la cama y se cubrió hasta el cuello con la cobija mientras intentaba esconder su ataque de tos.

La siguiente noche, Elvira trató de nuevo el tema de la reparación de la casa.

—Te pueden salir hongos en los pulmones y eso es peligroso, de eso se muere la gente. La otra vez vi un video sobre un pobre hombre que se murió de eso, trabajaba ordenando archivos y había mucha humedad, cayó muerto de la nada sobre el escritorio y era porque tenía los pulmones llenos de hongo.

José dio un profundo suspiro, apretó los ojos y dijo al fin:

—Dice mi mamá que no.

—¿Cómo que dice tu mamá que no?

—Pues sí, así. Dice que no podemos hacerle nada a su casa... y que ella bien sabe lo que se debe o no se debe hacer con su casa.

Elvira se fue dejando caer, lento, en la cama. Los ojos abiertos y fijos en la nada. Esa era una verdad, estúpida, pero, a fin de cuentas, verdad.

3

También los detestaba a ellos, a cada uno. A esas alturas del rencor, era capaz de dosificar su desprecio por cada figura. Cuando eran novios visitó la casa familiar en dos ocasiones

particulares; su suegra le parecía una ancianita desvalida y sus relatos le resultaron un pasatiempo tierno y, en cierta medida, sano. Un remedio casero y a la antigüita para tratar la soledad de la vejez. En un inicio escucharon con entrega religiosa las historias de algunos de los ángeles: San Martín de Porras con su escoba en miniatura siendo sacudido por la esquelética mano de la anciana; Santa Alicia, ciega y devota, con la piel de su rostro, pies y manos leprosa; el Beato José, hasta el fondo separado de sus compañeros de porcelana; Santa Flora deprimida; San José, María y Jesús; y otros muchísimos más, todos acomodados a conciencia sobre un mantel bordado en un bufetero destartado con manchas doradas.

—Y aquí está mi José recién bautizado —decía la anciana con un aire de orgullo y devoción.

Y ahí estaba José, pequeño y regordete en su trajecillo blanco, rodeado por su madre y padrinos y un sacerdote que lo salpicaba con agua. La calidad de la fotografía no era buena, sin embargo, no ocultaba la mueca de descontento del niño.

—Y en esta otra después de su primera comunión —tenía doce años y ya se veían sus tendencias ateas—. Parecía un angelito. Nomás parecía, porque lo llevábamos a la fuerza al catecismo. Nomás quería andar jugando con sus amigos y, en una de esas, lo descubrieron fumando con sus compañeros detrás de la sacristía.

Por la sorpresa, aventó el cigarro encendido a un matorral seco que se prendió en llamas. Eso se lo contó el mismo José cuando todavía eran novios y, pese a su ateísmo, temía que su madre no fuera a aprobar a su futura esposa, por aquello de que sus padres estaban divorciados, y que su madre se tatuó en el antebrazo unos caracteres orientales que ni a ella, ni a nadie, daban sentido.

Pero de eso no hablaba su suegra, para ella su hijo era un buen católico y buen guadalupano; un excelente hijo, un maravilloso marido; el mejor de los maestros, el más cívico de los vecinos: el más guapo de su generación...

— Vieras, Elvira, a míjose le iban las tardes pintando sus cuadernillos del catecismo, bien quietecito y con una devoción que no cualquier niño es capaz de demostrarle a mi padre Dios.

Había una tercera, la más pequeña de las tres fotos, donde estaban José, su madre y una madrina con los ojos cansados y casi cerrados. Ese año murió el padre de José. Cuando le encontraron el cáncer en el pulmón derecho, el doctor recomendó invertir en una muerte tranquila y en un buen pedazo de tierra en el panteón familiar.

— En momentos como estos es cuando hay que creer más en Dios — solía decirle la madre a José, pero, para un niño, pérdidas como esa era el momento para una resolución definitiva. José terminó sus preparaciones para la confirmación ya sin ganas de fumar a escondidas de las maestras. Iba cada fin de semana y miraba con una sensación de vacío en la boca del estómago las ilustraciones en blanco y negro de su cuadernillo de trabajo. La pasividad e indiferencia eran para su madre una verdadera prueba de fe y entrega, aunque José fue reservándose para sí todo su escepticismo y angustia.

— Entre ese pinche médico y las ideas locas de mi mamá, dejaron morir a mi papá — le contó, casi en silencio, José a Elvira en su departamento, con las miradas puestas en el abanico blanco mientras el calor enmascaraba su descontento hacia la vida.

A Elvira le molestaba que la observaran tan bobalicones, esos cientos de ojos abiertos siempre, lustrosos e impávidos. Le daba terror el cuadro de un Cristo tallado en madera a medio salir, como quien atraviesa por un muro roto, con

un corazón palpitante entre las manos. Una noche, incluso, poco después de la pérdida le pareció que le sonrió mientras la sangre corría por su rostro magullado.

4

Eran muchas las cosas que le pesaban a Elvira, en la dificultad para dormir, en el temperamento, en la conciencia, cosas incluso recientes, que antes no le habían si quiera molestado.

Durante la mañana, cuando su marido se retiraba a la secundaria a dar clases de historia, Elvira tostaba un pan con mantequilla y ponía agua en el pato de latón. El tedio era un dúo sonoro entre el pato chillando y su suegra quejándose en el jardín. Se sentaba sola con su café con leche y su pan con mermelada, y entraba a sus redes sociales. Leía las reflexiones de sus conocidos en Twitter; las sentía lejanas, como si aquellas experiencias no la alcanzaran. Después de la mudanza, incluso en los meses inútiles de su embarazo, seguía los hilos de comentarios; luego se limitaba a poner reacciones sintetizadas en emojis; era una lectora fantasma, seguía la vida de los otros como si todo aquello viniera de un futuro inalcanzable. La sensación era peor cuando se trataba de imágenes y videos en Instagram y TikTok.

Su amiga Vanesa estaba viviendo en Barcelona, había aplicado para una beca de estancia de investigación dos veces: la primera había sido rechazada y había estado llorando en casa de Elvira, porque se sentía incompetente; luego, lo intentó una segunda ocasión y fue aceptada. Su amiga estudió Ecología, ahora formaba parte de un supuesto equipo de trabajo como esos que salen en series o películas. De seguro tenía proyectos tontos e idealistas, como cuando eran jóvenes. Ya estando borracha, se soltaba como predicadora dándole vuelta tras vuelta a la crisis ambiental: andaba ju-

gándole a encontrar soluciones a problemas globales (aunque para Elvira esa consternación empezaba y terminaba en el alcohol, y más todavía si lograba volverse el centro de atención). Ya a solas era como todos, con su ropa en oferta relámpago de SHEIN y su convulso deseo por ir de aeropuerto en aeropuerto con un doble expreso en la mano.

El primer año en Europa, Vanesa festejó su cumpleaños en Roma. Unos días antes, Elvira estuvo al pendiente del cambio de horario y le hizo una video llamada desde un rincón de la recámara (recogido con anticipación). Vanesa le contestó, eufórica: estaba en un bar bullicioso y le presentó, en un inglés torpe y atolondrado, a su acompañante. La mala conexión en casa de su suegra, le impedía a Elvira felicitarla; su voz se escuchaba a destiempo y la imagen se pausaba. Un grupo de amigos llamó entre gritos a Vanesa y ella se despidió, apresurada, de Elvira. En la pantalla del celular apareció una encuesta con cinco estrellas para valorar el servicio de conexión, Elvira la ignoró. Se sentó al borde de la cama, la vista pérdida en el rincón preparado para la videollamada con hojas de máquina, papel de regalo y páginas de libros inútiles. Sólo entonces descubrió el hongo de la humedad apareciendo sobre el papel.

Toda la semana estuvo al pendiente de las redes sociales de Vanesa para ver fotos y videos. Encontró pocas, pero aquel vacío avivó su imaginación.

Por las noches le costaba dormir imaginando la vida de su amiga. ¿Cómo era posible? Ella era más gorda y tenía esa nariz aparatosa y chueca, y sólo sabía un inglés de escuela pública. Terminó por eliminarla de todas sus redes sociales y de sus contactos en el celular. Fue de un jalón, tumbada en la cama mientras escuchaba un zumbido que la irritaba aún más.

Esa noche despreciable le costó mucho trabajo conciliar el sueño. Elvira sentía la tranquila respiración de José, mien-

tras ella probaba múltiples posiciones para relajar, de alguna manera, su cuello tenso, el dolor bajo el pecho, la boca seca del estómago susurrando por todo su cuerpo. Sentía el tiempo inmóvil y su cabeza, cada vez más pesada. De pronto era ella, de regreso en la ciudad donde nació, creció y deseó tantas y tantas veces poder irse lejos, a otra ciudad más grande y anónima donde pudiera sentir que las cosas importaban en verdad. Ahí estaba de nuevo en sus calles sin gracia, mirando a las personas caminar. Eran sus amigos, algunos, y amigas de su adolescencia, infancia, universidad... caminaban en la misma banqueta que ella, pero delante. Elvira les hablaba por sus nombres o levantaba el brazo para saludarlos, pero ellos continuaban con su camino. Iban de prisa, ¿o era que ella avanzaba lento, demasiado lento? Quizá ambas cosas. Por más que Elvira se esforzaba por alcanzarlos, no lo lograba. Sus piernas eran demasiado pesadas para seguir el ritmo de los otros. Y su voz era tan débil, o el ruido de los otros al andar tan fuerte y estruendoso, que sus palabras se desvanecían. Despertó con un intenso hormigueo en las piernas, como si la sangre no pudiera circular. Tenía un ligero sabor a hierro en la boca y una terrible sensación de no tener cuerpo, como si sólo fuese, así de la nada, una cabeza palpitando con intensidad, una y otra, y otra vez.

Desde entonces destinaba un tiempo para recorrer las vidas lejanas y verdaderas de los otros, de esos fantasmas que alguna vez representaron algo valioso en su vida, pero ahora eran sólo una sensación de náusea, vacío, y odio contenido. Ver como su vida se reducía a recuerdos archivados en catálogo virtuales, a una casa ajena que se desmoronaba con prisa a pesar de la lentitud con la que pasaba el tiempo en el pueblo, para escuchar las vidas de los santos, vírgenes y ángeles mientras volvía su marido de su trabajo y luego escucharlo quejarse del sistema opresivo que impedía liberar a sus estudiantes de la enajenación y el consumo. Escuchaba

a José con la mirada languidecida y la atención vuelta hacia dentro, hacia su nostalgia por todo lo que ya no viviría. Daba lo mismo, para José, la recién indiferencia de su esposa era fruto de la formación clasista de Elvira o, quizá, a los cambios hormonales de su cuerpo en proceso de gestación; confiaba que el tiempo y su maternidad le abrieran los ojos a todas las ventajas y bondades de la vida al margen de las grandes ciudades.

5

—Elvira es un nombre extraño —dijo José cuando se conocieron en los jardines de la universidad. Elvira estaba de acuerdo con la observación. A diferencia de sus amigas que tenían nombres como Ximena, María Fernanda, Luisa Fernanda, Danna, Alexandra, el suyo era el nombre de una tía abuela de su madre con quien ella creció—. Es que mi madre nació en C., y ya luego, cuando tuvo quince años, se fue a C. para estudiar la preparatoria —le costó mucho sacar la escuela, pero su tía abuela nunca dejó de mandarle dinero. Ella tenía una tienda de abarrotes—. Por eso tenía ese nombre, como de señora.

—A mí se me hace bonito —dijo José después de escuchar la explicación de Elvira—. Extraño y bonito.

Ella era estudiante de administración de empresas. Él estudiaba educación, deseaba ser maestro de historia de escuela secundaria.

—¿Por qué estudias eso?, ¿quieres tener tu propio negocio? —preguntó José.

—No, la verdad me gustaría dedicarme a algo de merca, pero primero quiero tener el conocimiento general y ya de eso, no sé, hacer una maestría en merca y un diplomado, o algo así, en psicología para tener mejor enfoque.

—Órale. No, pues, suena bien.

—Y tú, ¿a poco si quieres ser profe de secundaria? Yo no soportaría batallar con adolescentes calientes y majaderos.

José soltó una carcajada.

—El problema no son los chavos: la cosa es el sistema adulto-centrista que no nos permite ver que en esa edad hay una rebeldía nata, una negación auténtica al mundo que les heredamos. Por eso yo quiero trabajar con ellos, para poner mi grano de arena contra este pinche sistema. Más en los pueblos, ahí está peor todo: nomás les llega lo que le conviene al gobierno, para dejarlos pendejos por la enajenación y bien ignorantes para que luego migren a las ciudades y sean mano de obra barata. Pero no te creas, a veces me desanima todo esto, porque si no cambia su realidad material de nada sirve enseñarles la vida del Che.

Por eso se mudaron al terruño de José después de casarse. Era un por mientras, nomás había que liberar a los oprimidos de la secundaria federal y acabar de una buena vez con esa secta reggaetonera y esos modos de vida andrajosos. Es por mientras Elvira, es cuestión de dejar a tu esposo cumplir su sueño para tenerlo contento el resto de tu vida.

6

El colmo de la desgracia de Elvira fue la pecera. Estuvieron todo el año después del suceso ahorrando buena parte del salario de José.

—Mira, amor, con ese dinero vamos a arreglar la casa.

—¿Y tu mamá?

José permaneció unos minutos en silencio y Elvira volteó los ojos hacia cualquier sitio lejos de su marido.

—Si sigue de necia, nos vale madres y arreglo las pinches goteras —selló la promesa abrazando a Elvira, o bien, Elvi-

ra se dejó abrazar —. Es más, mira, el domingo, cuando mi mamá se vaya a misa, le pedimos a Don Anastasio que eche una vuelta y tú te encargas de ver lo del presupuesto y en cuanto tiempo lo podemos juntar. Tú puedes apoyarme con eso, Elvira.

José no supo cómo explicarle a Don Anastasio por qué necesitaba que durante la misa del domingo se diera una vuelta a su casa para ver unas cositas que arreglar.

— Ándele, Don Anastasio, mire, de ahí nos echamos una vuelta a la cantina y le disparo una cerveza.

Hubo que poner en las tablas de presupuesto el silencio etílico de Don Anastasio.

— Ahí vuelvo, Elvira, nomás que entienda Don Anastasio cómo está la cosa y me dejo venir para acá.

— Ya me voy, mis hijos, ¿seguro que no quieren acompañarme? La misa del domingo es un mandato de Dios y alimento del alma.

— No, gracias, suegra. Tengo un poco de migraña — respondió Elvira desde su recámara a oscuras.

— ¿Tú, Joséillo? ¿No quieres acompañar a tu madre a la iglesia?

— Si me gustaría, mamá, pero mire, tengo mucho que revisar.

— Ándeles pues, mis hijitos, yo voy a rezar por ustedes dos.

La anciana se perdió por la calle con las primeras campanadas a misa. Le gustaba sentarse enfrente, cerca del altar, para ser la primera en recibir la palabra del espíritu santo. Aquello no era mera locura de la vieja, pensaban otras devotas, cuando veían caer por la cara angelical de Velia unas lágrimas enormes como perlas, las mismísimas que debió llorar la virgen piadosa. Mientras quedito, con la mano sofocada por el rosario y sosteniendo el misal, susurraba con fervor que la paloma del espíritu santo volara con desgano

hacia quienes estaban sentados detrás de ella, porque si Sonia llegaba a destiempo era por ser una mala mujer, y era culpa suya y de nadie más que encontraran a Manuel colgado del moro viejo cerca de los campos de fresa sin pizcar; ¿por qué habría de tener piedad el Todo Poderoso por el cojo de Manuel que, por diabético, le quitaron una pierna? No había ni que girar la cabeza para comprobar su presencia, bastaba con su ruido molesto al andar y el olor a sangre que se mezclaba con las flores del santísimo, ¡qué asco!, ¡qué indigno!; si a Socorro se le murió la creatura antes de tiempo, era por desvergonzada y loca.

—Pásele, Don Anastasio, mire: quiero arreglar estos detallitos —decía José y señalaba con su mano la humedad en los muros y techo de la casa—. Nos gustaría que esté bien para antes de que se nos dejen caer las lluvias. Cómo ve, ¿sí se lo avienta?

—Sí, cómo no —contestó Don Anastasio mientras palpaba la pared con su mano callosa.

—¡Eso es! Vámonos pues por una cerveza y allá me dice con más detalle cómo va a estar la cosa —dijo José mientras le daba unas palmadas en el hombro a Don Anastasio sin dejar de sonreír. Ambos se encaminaron por la calle hacia la cantina.

La anciana volvió a la casa y se encontró a Elvira sentada en el sillón marrón con la vista fija en el movimiento de los peces.

—Vengo muy cansada, Elvira, me voy a mi recámara.

—Que descanse —apenas respondió.

Las horas fueron pasando sin que José regresara. Elvira no podía dormir. A eso de las 12, José le mandó un mensaje diciendo que ya en un momentito estaría de vuelta. 1, 2, 3 y dieron las 4:30. Elvira escuchó los ruidos cuidadosos de su marido y se apresuró a apagar la luz.

Ni madres, este cabrón no me va a encontrar esperándolo pensó Elvira y se acomodó en posición fetal, la espalda a la puerta, y se cubrió con la cobija hasta la nariz. José entró, se quitó los zapatos y el cinto, y se dejó caer sobre la cama. Giró su cuerpo para abrazar a su esposa. Elvira se sacudió sin dejar de imitar la cadencia de respiraciones propias de un durmiente feliz. José desistió cuando un ataque de tos frenó y llevó a un declive total cualquier levantamiento nocturno. Elvira no despertó de su sueño de rabia, sintió el cuerpo de su esposo levantarse para llevar su malestar hacia otro sitio.

La anciana corrió a atender a su hijo.

— ¡Elvira es una huevona, debería atenderte!

La mujer hizo una mueca cuando sintió el aliento pastoso de su hijo, pero permaneció callada. Al día siguiente, Elvira decidió dejarse llevar por la rutina, pero, en un fuera de ese mundo, en otro, uno en silencio y amargo; su suegra era más servicial y cariñosa que nunca antes.

— ¿Te sientes mal, o por qué traes esa cara? — le preguntó la vieja a su nuera mientras apretaba con cariño los hombros de José.

— Nada, suegra. Una migraña.

— Come muy mal, Elvira, por eso le ha de doler — explicó la anciana dirigiéndose a su hijo.

— Yo creo — dijo José en voz baja. Se levantó y se encaminó con pesadumbre y lentitud hacia la recámara.

— ¿No tienes que dar clases hoy? — preguntó Elvira con voz cortante.

Su suegra se giró hacia ella, con una dulzura maligna.

— Tu esposo amaneció enfermo, mijita, se pasó la noche sin parar de toser — dio media vuelta, tomó su monedero y se encaminó hacia la calle—. Voy por un pollito y unas verduras para hacerle un buen caldito a mijo, con eso, y el favor de Dios, José se recuperará pronto.

Además de la comida, la vieja trajo dos sueros sabor fresa, el sabor preferido de José. Elvira estaba en la sala viendo videos en su celular.

—Hijita, llévale esto a tu esposo. Voy a poner a cocer este pollo y voy a poner un arroquito colorado.

Elvira llevó los sueros a José y se sentó al otro extremo de la cama.

—Don Anastasio es muy necio. No me entendía que no le fuera a hacer ningún comentario a mi mamá y que ya luego se encargará de la impermeabilización.

—Tu mamá ni lo topa — comentó Elvira con sequedad.

—P. es pequeño y son gente chismosa.

—Tú mamá sólo sale por pollo, calabazas y sueros.

—¿Te imaginas que en una de esas se tope al viejo y se entere de todo?

—No soy pendeja, José.

—¡Está bien, Elvira! Mira, es que... sí me fui con Don Anselmo a la cantina. El viejo se tomó una cerveza, nomás porque ya se lo prohibió el doctor. Me dijo que ya todo nos sale en cinco mil pesos y que se lo avienta luego, luego; que se trae a su sobrino para que le eche la mano con la enjarrada. Hasta dice que si queremos pintar ya cuando hayan acabado con la humedad y enyesado las paredes, él también le sabe a la movida. Nomás que eso no está en el presupuesto —explicó José en voz baja, acercándose a su mujer.

Elvira se refugió en los límites de la cama.

—¿No te hace feliz eso? ¿No era lo que querías?

—Sí, nomás que no así, José — Elvira se mordió la lengua antes de decirle algo, mucho menos que lo estuvo esperando.

El sólo pensar que ella durmió incluso menos que su marido, pues, cuando cedió la tos José se cayó en un sueño profundo. Hasta tuvo la desfachatez inconsciente de echar su pierna sobre ella y roncar tan apacible. Elvira, en cambio, estuvo hasta el amanecer despierta, construyendo en su

cabeza respuestas hirientes. Cuando las primeras luces de la mañana atravesaron la habitación sintió sus ojos pesados por la hinchazón, una presión en el pecho que se abría como una espiral lenta que movía sus entrañas babosas y rojas.

— Qué bueno.

— ¿Por qué sigues molesta, Elvira?

— ¿Y por qué no te viniste después de la cerveza?

— No entiendo por qué te enojas, yo nunca salgo, soy un hombre de casa.

— Tú sabes bien cuál es el problema.

José se giró hacia el otro lado y apretó con ambas manos su cabeza. Su madre apareció en la puerta apenas asomándose por el marco de la puerta.

— Mijito, tómate el suero y duérmete. Verás que cuando despiertes ya va a estar el caldo. Y tú, Elvira, ven a ayudarme a pelar esas zanahorias, no me quiero poner los lentes hoy. ¡Y cierra esas cortinas para que no le entre sol a tu esposo!

Elvira se quedó inmóvil mirando hacia la ventana. José se giró hacia Elvira y con cariño le apretó la mano. Elvira se puso de pie con brusquedad y se encaminó hacia la sala. La vieja corrió a cerrar las cortinas y masculló, como solía hacer, sus rezos sentidos.

— ¡Mala mujer!

Elvira deseaba salir de la casa. Escuchó a la anciana gritar:

— ¡Casi no veo, me voy a venir cortando!

Abrió la puerta con cuidado y respiró. Se sentó en el umbral. Respiró de nuevo y apretó los ojos para contener las lágrimas calientes debajo de los párpados.

Cuando recobró un poco de paz, fue hacia la cocina para, con mucha (muchísima) calma pelar las zanahorias y picarlas en trozos largos y delgados, tal como lo indicó la vieja.

La vida no podía seguir así, pensaba Elvira.

— ¡Que cara tienes, Elvira! ¿Que no te da pena que tu marido te vea así? Siempre en fachas y con los ojos bien hundidos. ¡Allá afuera sobran mujeres bonitas y jóvenes, que pueden ser más amorosas y entendidas con un buen hombre! Sobre todo, si ese buen hombre está enfermo.

Elvira sintió el filo leve del cuchillo sobre su dedo. Unas pocas gotas de sangre se deslizaban de la herida.

7

— Voy a buscar un trabajo, ya como sea que sea, me da lo mismo — le dijo una noche a José.

— Está muy bien, Elvira. Yo sé que no encontraste lo que tu querías cuando recién llegamos.

Los primeros meses, después de haberse instalado, Elvira y José caminaron por el pueblo en busca de un trabajo para ella. Mientras recorrían los comercios, José le contaba con detalle sus próximos proyectos en la secundaria federal.

— Voy a buscar reabrir la biblioteca y que se nos haga una donación de libros para los chavos. No es posible que sea la sala de maestros.

— ¿Y los maestros se van a quedar sin sala?

— Sí, por el momento. Además, también nosotros necesitamos un espacio para la lectura, donde encontrar un resquicio de silencio, ¡vieras lo agotador que es buscar la calma para cultivar la reflexión cuando los chavos, y hasta las chavas, traen en su celular esas porquerías de canciones! Lo bueno es que Claudia piensa lo mismo que yo y vamos a lograr esa biblioteca.

Elvira miraba a su alrededor: estaba una tienda de abarrotes amplia, donde los poquísimos locos tumbados fuera del local asustaban a los niños.

— A lo mejor me dan trabajo ahí, ¿no?

— Además, los profes de español son los primeros que necesitan de una biblioteca decente, ¿te imaginas? Son una bola de analfabetas funcionales.

— Es una buena idea amor — dijo Elvira mientras encaminaba a su esposo al Baratero.

— ¿Qué vas a comprar, Elvira?

— No, nada, nada, sólo quiero preguntar una cosa.

Elvira se dirigió a una de las cajas, pues no podía distinguir uniformes que indicaran quiénes eran los empleados y cuáles fueran sus funciones ahí.

— Sí, dígame — dijo la cajera al ver que no traía nada para pagar.

— Quiero hablar con su supervisor.

— ¿Mi qué?

— Su jefe, el encargado...

— ¿Mati? ¡Mati! — la cajera giró su cabeza y llamó a una mujer sentada en una silla de plástico al fondo, rodeada por anaqueles altos de madera, medio vacíos y oscuros —. Ahí te hablan

— ¿Qué se le ofrece señora? — Mati, amable y pachorra, sostenida sobre sus tobillos rollizos, y con un ligero bigotillo sobre los labios delgados.

— Soy Elvira, y él es mi esposo ...

— ¡Joselillo! ¡Mira nomás! Hace rato que no te miraba. Andabas en la universidad, ¿veda'? Sí me dijo tu mamá, ¿por qué no invitaste a tu boda, canijo? ¡Ya no te me alborotes!, lo de la Sonia es algo concluido. Ya hasta se casa para enero.

José tomó la mano de Elvira, y ella pudo sentir un sudor pegajoso

— ¡Te digo que no te me achicopales, está bonita tu esposa! — dijo la encargada dándole una palmada en el brazo a José —. ¿Para qué soy buena, mi Joséillo?

José buscó la mirada de su esposa y Elvira se dirigió con una sonrisa dudosa a la desconocida.

—Mire, es que nos acabamos de mudar y, bueno, estoy buscando trabajo. Soy licenciada en administración de empresas, y me gustaría...

—No, hija, aquí no nos sirven esas cosas. Te diría que te vinieras a la caja, pero luego qué hace Dianita —dijo con las manos cruzadas—. Ahora que, si andan necesitados, te puedes venir unos días a la semana a quitar el polvo de los anaqueles y acomodar unas cositas. Digo, si no se te hace poca cosa eso de la limpieza.

Las mejillas de Elvira enrojecieron. Ella se sintió molesta consigo misma por no poder controlar esos impulsos de niña tonta, tontísima, que llora con hasta el más fino contacto con el filo de la realidad.

—Gracias, que amable —dijo con la mirada gacha y una sonrisa apretada.

—No, hija, cuando quieras. Joselillo, aquí recibimos a tu esposa, para que veas que lo pasado, pasado. Te digo que Sonia se nos casa este año y va a ser tremenda boda, que ni te la imaginas, y el marido, ¡nombre, un partido! ¡Es el sueño de cualquier mujer! ¿Qué te andas quedando en la casa de tu mamá? Me dijo Sonia. Yo creo que ahí les manda la invitación, claro, si es que se animan a acompañarnos —dijo mientras se esforzaba por enfocarse en Elvira, al tiempo que sonreía sin dejar de parpadear.

Elvira permaneció en silencio. Una señora con dos niños comenzó a acomodar su mandado en la banda. Los niños iban haciendo escándalo. El más pequeño lloraba y daba patadas hacia los exhibidores de papitas, dulces y galletas. La encargada se encaminó hacia los niños para poner orden.

—¡Señora! Controle a ese chamaco o usted va a tener que pagar ese desmán.

José avanzó rumbo hacia la salida y Elvira lo siguió con torpeza.

— Ahí me saludas a tu mamá — gritó la encargada. José correspondió con una mueca apresurada.

La pareja salió del comercio y se encaminó hacia la casa de José. Iban en silencio. Elvira contenía el aire en el pecho y sentía como crecían y crecían sus pulmones, aplastando los órganos vecinos. La mente en blanco, parecía que un soplo de aire helado hubiera disipado sus pensamientos. No obstante, la cabeza comenzaba a pesarle, y en su sien podía sentir unas palpitaciones aceleradas que confirmó con la yema de sus dedos humedecidos por el sudor.

— ¿Te sientes mal? — preguntó José mientras caminaban sin detenerse ni mirarla.

— No, no, es un ligero dolor de cabeza — contestó.

— ¿Quieres que pasemos a la farmacia por algo?

— No, solamente me gustaría recostarme un rato y estar a solas. ¿Podrías cerrar la puerta?

8

El cielo estaba oscurecido por espesas nubes. La vieja, arropada por un rebozo negro, se preparaba para el diluvio. La luz parpadeaba amenazante, podía irse en cualquier momento.

— Muevan ese sillón para acá — ordenó a la pareja. José y Elvira empujaron el sillón.

— Ahora hay que poner una olla ahí merito. Tráete la que está junto a la lavadora, José, ya sabes cual, en la que te hago el menudo.

Las dos mujeres se quedaron a solas, en silencio, rodeadas por los ángeles, querubines y santos que las observaban con sus ojos de porcelana. Los rayos rompían el cielo, la brisa sacudía las ramas de los árboles y los perros aullaban dolidos. Un escalofrío recorrió la espalda de Elvira.

— ¿Eso no lo debemos mover o tapar? — dijo Elvira mientras señalaba la exhibición de figurillas.

— No, hijita, ellos están benditos por nuestro señor. Nunca ha caído una gota sobre ellos.

José apareció con la olla.

— Aproveché y me traje estos también — los pasó a su esposa y ella comenzó a colocarlos debajo de las constelaciones en los techos.

Los relámpagos se intensificaban y se dejó venir el aguacero, furioso y sonoro. No terminaron sus precauciones cuando la lluvia ya los cubría por completo. José se apresuró hacia su madre.

— ¡Mamá!, ¡mamá! ¡Quítese de ahí! ¡Véngase para acá! — José cubrió con su cuerpo a la anciana y juntos se dirigieron hacia la recámara de la vieja, donde la lluvia era apenas un chispeo refrescante. El cabello de Elvira escurría, lo mismo que su ropa. Corrió hacia donde estaba la vieja y su esposo, y en la prisa tropezó y golpeó con sus manos las figuras de Santa Agnes y San Quintín, y una ovejita pura en miniatura. El sonido de la porcelana al romperse no desapareció en el compás de la lluvia, al contrario, pareció una sinfonía, precisa y macabra a la que procedieron los gritos amargos de la vieja.

— ¡Pendeja! ¡¿Qué has hecho?! ¡Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, libranos del mal, libranos del mal...! — gritaba la vieja mientras corría hacia Elvira, quien seguía tirada en el suelo. Al llegar a su lado la apartó con brusquedad y se arrodilló para recoger entre sus manos, delgadas y arrugadas, las piezas rotas.

— ¿Qué hace, mamá? Deje ahí, se va a cortar — gritaba José mientras se acercaba a su madre.

La lluvia acrió, y se mezcló con la sangre de las manos de la vieja, que se aferraban a los cuerpos de los santos destazados, a la oveja sin cabeza.

Elvira estaba desconcertada, miró la escena, pero sin mirar, como si aquello no estuviera sucediendo, como si el agua fría no la estuviera haciendo temblar. Un instante después, se puso de pie y se refugió en el cuarto de la vieja sin voltear la cabeza atrás. La luz se fue. Era imposible no sentir miradas invisibles sobre ella; imposible no sentir náusea; imposible no sentir tensión alrededor del cuello, como una soga impalpable que va apretándose alrededor del cuello y hombros. La recámara se llenó de sombras, largas y delgadas, y el miedo la paralizó. Buscó a ciegas el recuerdo del cristo que asoma su mirada misericordiosa hacia el pasillo y le pareció encontrarlo donde siempre, como siempre, salvo por su sonrisa burlona, a medias, debajo de los mechones humedecidos por la lluvia o la sangre que brotaba bajo las espinas.

9

La vieja seguía con sus rutinas, pero algo en sus movimientos dejaba ver su furia contenida; era una manera de apretar la boca sin moverla, de impulsar la lengua pastosa y amarga contra el paladar, como una fuerza interna e inútil, temblando débil en la superficie de sus labios arrugados. El cuerpo, agotado, encontraba su válvula de escape en eructos inoportunos y sonoros que dejaban un fétido aroma a ajo. José, por su parte, era cortante con Elvira mientras procuraba entablar cualquier conversación con su madre. Se veía nervioso andando por la casa y al llegar del trabajo estaba hasta media hora bajo la sombra de un viejo trueno. Elvira lo miraba desde la ventana de su habitación. Lo veía abrir su maletín y revisar carpetas al azar. Después de sentir, por varias ocasiones, la mirada de su esposa dijo una noche, ya a oscuras, conscientes ambos del insomnio del otro.

—Estos días he andado distraído. Me da miedo dejar los trabajos de los chavos en la escuela.

Elvira se giró para dar la espalda a José.

—Está bien.

Ya no valía la pena mirar a José entre las cortinas polvosas. No es difícil entender cuando alguien no desea estar en casa. Para el padre de Elvira fue menos bochornoso: su carro le daba una discreción que, en el caso de José, en un pueblo para andar a pie, caía en lo ridículo. Por las noches, cuando llegaba el padre de Elvira, se quedaba en el carro fumando hasta que apagaban todas las luces en la casa. Elvira también estaba ahí, desde su ventana, siguiendo con la mirada el hilo del cigarro perdiéndose bajo la luz amarilla del alumbrado. La última imagen antes de ceder al sueño era su padre bajando del auto y avanzando hacia la puerta como una sombra lenta, muy lenta.

Las conversaciones en esa casa húmeda se volvieron casi monosilábicas: “sí”, “no”, “da igual”, “está bien”; o gestos con sus manos para señalar el lugar de las cosas; o bien, miradas rencorosas para pedirse volver al silencio, menos incómodo y más seguro que las palabras.

Por otro lado, José parecía desesperado ante el mutismo de su madre: cada encuentro era una nueva oportunidad para escucharla, para ser escuchado.

—Mamá, ¿ya le conté que el hijo de Susana está en mi clase? —la vieja lo miró con los ojos molestos—. ¡Acuérdese de Susana! La que vendía barbacoa en la plaza. ¡Acuérdese: la que tenía un esposo militar! —la anciana no contestó absolutamente nada—. El hijo es mi alumno y está raro, igual que la mamá. Va mal en los exámenes y no presta atención a las clases. No hace ruido, no habla con sus compañeros, tampoco entrega tareas ni toma apuntes. A veces se sale de la clase, porque dice escuchar a las hormigas de la explanada, y se va a seguirlas hasta quién sabe dónde. A veces

también como que lo he visto andar dando vueltas en círculos — pero la vieja siguió sin contestar nada.

Elvira, sin quitar la vista de la mesa, dijo:

— Pobre niño.

José buscó a su madre con la mirada.

— Eso le pasa a Susana por mala mujer. A las malas mujeres, Dios no las deja sin castigo.

José retomó la palabra:

— Yo he buscado a las personas indicadas en dar seguimiento a asuntos como este en la secundaria para saber cómo manejar la situación, pero parece ser que el responsable es un maestro de educación física retirado. Pero Claudia y yo estamos viendo qué hacer...

— A mí no me sorprende, ¿qué podrías esperar en un pueblo? — dijo Elvira haciendo sonar su cuchara en la taza vacía.

— Esa Susana siempre fue una mala mujer: nunca le traía la ropa planchada a su marido, y puso ese puesto de barbacoa para que todos la anduvieran mirando. ¡Por eso la dejó ese militar! Para mí que hasta lo engañaba y le dieron atole con el dedo.

— Al esposo de Susana nomás lo vimos unos meses, no lo recuerdo — añadió José acomodándose en su silla, emocionado.

Elvira se puso de pie y se encaminó hacia la recámara. La vieja la miró perderse, y dijo con voz lenta y más grave de lo habitual:

— A las malas mujeres siempre las castiga Dios, de una u otra manera, pero siempre las castiga Dios.

Elvira se sentía incómoda en toda la casa. Desde el incidente evitaba la sala. Cuando debía cruzarla para salir por algún mandado, lo hacía de prisa, sin volver la vista hacia atrás. Sentía las miradas de los santos sobre ella, los animales, las vírgenes, y juraba que, tras su paso, las figuras se

movían. Las veía con el rabillo del ojo: un santo arrodillarse, una virgen elevar sus manos, un cristo girar su cuello hacia el otro extremo. Sentía su pulso acelerarse y un apretón frío en la espalda baja.

Evitaba la cocina, porque todo le parecía ser una extensión de la vieja, como si en cada azulejo, en cada cubierto, olla, vaso y silla estuviera la anciana, que limpiaba con un trapo seco los trozos de techo que solían caer debido a la severa humedad. La cocina, sí, la cocina era la vieja; las puertas a medio caer; la grasa bajo la alacena y en los sartenes que colgaban de unos alambres oxidados; su comida era la vieja; las conversaciones que se daban ahí; los visitantes nocturnos que rumeaban en los rincones cochambrosos.

El patio también era la vieja, con sus plantas y flores, con quienes conversaba por las mañanas y las tardes, eran sus confesoras. Los arbustos crecidos y desordenados que la ocultaban mientras regaban, pero hacían que sus rezos en susurros corrieran por la casa como espectros. La sala y el comedor, donde vivían los santos, las vírgenes, los pastores, donde rondaban los demonios ocultos de la anciana.

Sólo le quedaba la recámara que compartía con José para sentirse en cierta paz, su pequeño mundo, donde se refugiaba a perder el tiempo viendo series en su laptop, videos de TikTok, o navegar buscando empleos free lance que anotaba en una pequeña libreta a manera de viñetas para postularse, aunque nunca lo hacía.

10

Elvira perdía poco a poco el apetito. Había días que le bastaba un café toda la mañana. Tampoco lavaba sus dientes con frecuencia, sólo una vez por las noches. A veces, cuando José llegaba más tarde, comía una manzana. Se sentía

cansada y somnolienta. Un viernes, cuando José no llegaba, Elvira se recostó en la cama y fue durmiéndose.

Ahí estaba en su cama, con la misma playera guanga y el sol de las tres de la tarde iluminando la habitación. Le costaba distinguir si aquello se trataba de un sueño, o si seguía adormilada esperando a José. Escuchó la puerta abrirse con lentitud, mucha lentitud, como si la puerta fuera demasiado pesada. Se incorporó y se sentó con la espalda contra la cabecera y vio a José entrar, se movía diferente, como si flotara o sus huesos no tuvieran peso. Elvira quería irse, pero sus muslos, brazos y piernas estaban cosidos y, en un grito profundo, un líquido negro y pastoso, se resbaló entre sus labios.

—José —dijo Elvira extrañada.

José no respondió. Miraba a su esposa con una amplia sonrisa que resbalaba de su rostro. Se acercó hasta Elvira y ella sintió un grito surgir y morir en su garganta. Lejos escuchaba a la vieja desempolvando sus figuras de porcelana, canturreando para sí.

Elvira despertó de golpe. Estaba cubriéndose con sus propios brazos, con una palma sobre el rostro sudoroso. Se incorporó y escuchó a su esposo llegar a la casa.

—¡Elvira! ¡Mamá!, ¿alguien que pueda abrirme la puerta?

Elvira fue a abrir. Las manos de su esposo estaban ocupadas: cargadas con una pecera vacía, San Quintín, Santa Clara, la Virgen de la Soledad y un par de ovejas de diferentes tamaños, recostados sobre la pecera y envueltos hasta la cabeza con periódico.

José dejó la pecera con cuidado en el piso y corrió a buscar a su mamá.

—¡Mamá!, ¿dónde anda? —preguntó acelerado.

La vieja apareció sacudiendo la tierra de sus manos.

—Andaba en el jardín, ¿por qué no llegaste a comer?

José corrió hacia la pecera y se agachó para tomar entre sus manos una de las figuras.

—Vea, le traje un regalo.

La vieja lo tomó entre sus manos arrugadas.

—Mañana mismo busco al padre para que nos las bendiga, ¿de dónde las trajiste?

—Fui a C. con unos maestros, es que hoy salimos antes y allá se los compré. Ya ve que en la Candelaria no tienen tanta variedad.

La vieja abrazó a su hijo y luego dijo con voz tierna:

—Ándale pues, vente a comer.

Ambos se dirigieron a la cocina mientras Elvira miraba la pecera.

No era una pecera muy grande, parecía usada, porque tenía marcas de sarro en los cuatro cristales, algunas piedrecillas de colores atoradas en las esquinas y un fuerte aroma a pescado.

La vieja regresó con una bolsa de manta, se inclinó y tomó las figuras con sumo cuidado para depositarlas dentro de la bolsa. Hizo como si no estuviera su nuera presente, sin mirarla ni hablarle, sólo a la espera de ver a Elvira apartarse, sentirse incómoda. Tras terminar, se dirigió a su recámara, con su paso pesado a pesar de la ligereza de su cuerpo.

LA SAL

1

Elvira y José estaban sentados en la sala, justo frente a la pecera vacía. A ratos, José tomaba la mano de Elvira con cariño, mientras su mente divagaba en las posibilidades dentro de una pequeña caja de cristales borrosos por el sarro, lo suficiente claros en ciertos espacios para dejar ver los peces que pronto nadarían dentro. Elvira se sentía de muy buen humor. Esa mañana desayunaron juntos tras varios días de malcomer.

—Me encantaría una pecera de agua salada, para meter uno o dos de esos peces naranja con blanco, ¿los recuerdas? Esos que eran famosos por una película para niños, de un papá que buscaba a su hijo, el de la aletita pequeña.

José miró a Elvira sin decir nada.

—Da igual, sí sabes cuáles peces te digo; eran muy famosos.

—No recuerdo. Después tenemos una de esas. Nomás que sí salen bien caras. Pinches peces caros.

— ¿Por qué no una pecera con uno solo, y quizá, una estrella de mar?

— Lo que pasa es que no conoces de estas cosas, ¡ni te imaginas, Elvira! No se trata nomás del pez, es todo un proyecto, uno complejo. Tienes que tomar en cuenta desde los filtros, la preparación del agua, los calentadores especiales, la temperatura y muchas otras cosas. Nomás un dentista en Australia puede darse ese lujito. No, no, no, no se trata nomás de comprarlos y ya.; y luego, ¿cómo me los voy a traer hasta acá? —replicó José con una expresión de molestia.

— Igual que a los otros, ¿qué no?

— Pues sí, pero no es lo mismo arriesgar a la carretera horrible a unos peces caros que a los baratos. ¡Está lleno de hoyos! No, no, imagínate, ¡esos son demasiado delicados!

Elvira clavó la mirada en la pecera vacía: estaba llena de sarro en la parte alta de los cristales y tenía un olor muy fuerte a vinagre blanco. La vieja intentó lavarla con una esponja suave para evitar rayarla más, pero fue en vano.

— Mira, Elvira, yo quiero que este pequeño proyecto lo comencemos juntos, ¿qué te parece? Tú vas a poder escoger los peces, pero acuérdate que deben ser de agua dulce. Puedes escoger los que se te hagan más bonitos. Los vamos a ver nadar de un lado para otro. ¡Estamos por crear una comunidad de peces! Me gustaría un par de goldfish. Esos son muy chistosos, parecen perros. Es el resultado de la intervención humana. Ya luego, cuando estén bien gordos, los vamos a soltar al río. ¿Sí te he llevado al río? Bueno, río, río... no es; es apenas un hilo de agua, pero sí le basta a un pez gordo. Vamos este fin de semana a C., me llevo una hielera y nos traemos los peces. Lo mejor de todo es que ya me lo vendieron con filtro. Nomás una lavadita, y esa ya se la dio mi mamá ayer, y la pecera esta lista para echarle los peces.

Elvira no había visto tan emocionado a su esposo desde que llevó al director de la secundaria el proyecto de repara-

ción y restauración de la biblioteca escolar. Tenía una manera muy particular para expresar su entusiasmo, hablaba mucho y con una cadencia más rítmica, moviendo ambas manos de manera agitada.

—Y de verdad, Elvira, tú vas a escoger los peces de agua dulce, eso que no se te pase, que más te gusten, y los vamos a cuidar entre los dos.

Elvira sonrió a su esposo y asintió.

—Y que no se nos vaya a olvidar traer bastante comida para peces que aquí vi que venden, pero está mucho más cara.

El sábado después de desayunar fueron a C. para comprar peces. Fueron escuchando música y cantando juntos como cuando eran novios. Elvira se sintió feliz. Bajó el vidrio y respiró hasta sentir sus pulmones renovados de aire fresco.

—He estado pensando que me gustaría un pez ángel, que sea blanco —dijo Elvira cuando estaban llegando a la ciudad.

—Esos son muy bonitos, sólo que no sé qué tan compatibles sean con otros peces.

—¡Oh!, no tenía idea.

—Es que es todo un tema, ¿sabes? No se lo puede tomar uno a la ligera. A fin de cuentas, estamos por crear todo un ecosistema, pequeño, pero un ecosistema.

—Yo tuve un pez cuando tenía diez años, creo, o quizá nueve. Primero era de una prima, pero se lo castigaron y me lo dio mi tía. Hasta le puse nombre y todo. En el invierno, una noche muy fría, cuando despertamos estaba congelada el agua, junto con el pez.

—¿Y luego que hicieron?

—Seguía haciendo frío. Mi papá no quiso prender el calentón de la sala, porque decía que nos íbamos a enfermar yendo de un lado a otro. Mi mamá me puso una chamarra y un gorro, y también le acomodó uno a mi papá. Fuimos por

cobijas y nos acurrucamos los tres. Comimos muchas galletas y vimos películas toda la tarde. Creo que hizo tanto frío que cancelaron las clases, y mis papás no fueron a trabajar.

— Pero con el pez veta, ¿qué pasó?

— Nada. Se quedó en la mesa del comedor, congelado hasta el día siguiente, creo... la verdad, no me acuerdo bien. Se me hace que mi papá lo sacó al sol para que se descongelara el agua y luego tirarlo. O lo enterramos, pero creo que se lo llevó un gato, o no sé la verdad ya qué pasó.

— Ya no me acordaba de este pinche tráfico —dijo José molesto mientras buscaba en su celular la ubicación del acuario que investigó—. Vas a ver que va a quedar muy bien esa pecera, nomás que tenemos que ser muy asertivos en los peces que escojamos.

El olor a pescado se sentía desde el estacionamiento frente al acuario. En la entrada del negocio estaba una especie de bañera improvisada con varias tortugas de diferentes tamaños reposando con calma. Estar ahí dentro era una sensación extraña. En cada pared del local estaban sobrepuestas las peceras, de diferentes tamaños, con diferentes fondos, luces y motivos decorativos. Las luces de muchas de las peceras cambiaban sus tonalidades y ese efecto mareaba a Elvira. Sumado, claro, al vaivén de los peces en sus respectivas peceras. Estos se revolvían de un lado para otro, sin sentido. Un hombre alzó la mirada de su celular y se dirigió a la pareja.

— Buenos días, ¿en qué puedo ayudarlos?

— Estamos buscando peces para una pecera de agua dulce —respondió José mientras caminaba hacia el vendedor. Elvira se quedó detrás de su esposo, trató de fingir que tenía toda su atención en unos peces cirujano, enormes y de un azul radiante.

— Esos son de agua salada, señora —gritó el vendedor a Elvira.

—Sólo nos interesan peces de agua dulce —repitió José tras el comentario del vendedor. De golpe, rápido y efímero, Elvira se sintió como una niña. Decidió evadir su sentimiento de incomodidad y no dejar de observar un par de peces cirujanos.

El vendedor y José siguieron su animada conversación. Elvira decidió alejarse y recorrer el acuario. No estaba segura si le gustaban los peces. Le parecían bonitos ciertos colores, o más bien, algo vertiginoso que sucedía al ver a los peces menearse dentro del agua, como una luz producida por el choque de sus escamas de colores brillantes con el agua quieta. Elvira se detenía en cada pecera y escuchaba la voz entusiasmada de su esposo seleccionando peces. Con el rabillo del ojo vio como el vendedor introducía una pequeña red fosforescente en una de las peceras para sacar un pez largo de color amarillo.

—Si es este, ¿verdad? —preguntó el vendedor a José.

—Sí, ese es.

Elvira caminó hacia José y se detuvo un par de pasos detrás de su esposo. El vendedor metía al pez en una bolsa de plástico con agua, y la cerraba con agilidad.

—Oiga, entonces dice que conviene que me lleve otro de esos goldfish —preguntó José.

—Sí, de menos unos dos. Al cabo estos son muy resistentes y tranquilos.

—Bueno, entonces ese rojo con manchitas negras estaría bien también —José seguía con la mirada a un regordete pez goldfish. Sintió la presencia de Elvira cerca de él—. ¿Dónde andabas, Elvira? ¿ya viste uno que te gustara?

—Sí, me gustaron unos que están allá atrás.

—Nomás que no sean de agua salada, acuérdate —agregó José sin perder de vista al pez—. Vamos a llevar otro más de estos, ¿cuál se te hace bien?

—Ese blanco.

— ¿No se te hace más bonito ese naranja? El blanco como que tiene los ojos demasiado saltones.

— Todos tienen los ojos saltones.

— Ese blanco los tiene todavía más.

— Entonces, ¿cuál otro le pongo de estos? — preguntó el vendedor con cierta desesperación, metiéndose entre la pareja con su red lista.

— Ese naranja, por favor — dijo José mientras señalaba con su dedo el pez seleccionado.

Elvira se alejó unos metros. Tenía los labios apretados y un sabor amargo en la boca.

Ahí estaban, en una pecera alta y limpia los peces ángel. Eran muchos, con conchas grandes y pequeñas, asquerosos, todos ellos asquerosos, pegados contra el cristal y moviéndose, adheridos al vidrio. Elvira los miró con atención y sintió náusea. A pesar de la repugnancia, se inclinó y pegó la cara contra la pecera para observar de cerca a uno de los caracoles. Avanzaba despacio, como comprimiéndose para moverse medio centímetro. Por un instante, Elvira se imaginó palpando esa masa gelatinosa con sus dedos. *¡Qué asco!*, pensó. Se enderezó y apartó la mirada de los moluscos, pero ahí se quedó ese caracol intruso, avanzando entre espasmos en el vitreo de sus ojos, para asomar el par de antenas entre las pupilas. *Vaya, sí que pueden vivirse cosas extrañas mientras está uno en un acuario.* Cerró los ojos, los abrió y se enfocó en una pecera llena de pequeños peces de muchos colores que nadaban juntos. Los miró dar su recorrido colectivo un par de veces.

Caminó un metro más y se detuvo frente a una pecera con peces ángel de diversos tamaños y colores. Sintió tranquilidad al verlos deslizarse en el agua. Contrario a otros peces, esos parecían dejarse llevar por el movimiento apenas perceptible dentro de la pecera, como si levitarán. Otros, o la gran mayoría, se movían de extremo a extremo, como

apresurados, ansiosos. Una breve sonrisa afloró en su rostro. *¡Vaya estupideces las que puede pensar uno en un acuario! ¡Peces que padecen ansiedad!*

— ¡Esos sí puede, señora, son de agua dulce! — gritó el vendedor.

— Gracias — respondió Elvira con incomodidad.

José se acercó a ver los peces ángel.

— ¡Qué bellos!, parece como si flotarán.

— ¿Podemos llevar ese blanco? — preguntó Elvira.

El vendedor ya estaba junto a la pareja.

— ¿Cuál se llevan?

— Ese blanco — contestó Elvira de prisa.

En esa pecera había varios peces blancos, pero no fue necesario que le indicaran al hombre cuál era el que deseaba: era un pez ángel, de aletas largas y majestuosas que daba la impresión de ser como la pluma de una paloma blanca que cae tras el vuelo del ave en un cielo límpido, una pluma que cae con la brisa. La red lo atrapó y la acción tenía efectos hipnóticos en Elvira. El hombre llevó el pez hasta la mesa y repitió la hazaña de depositarlo en una bolsa de plástico y cerrarla con precisión. Elvira sintió que algo se perdió para siempre, algo inexplicable, la pluma de paloma que caía sin fin estaba ahora en el suelo, cubierta por la mugre.

— Ya, por último, que sean unas tres cebras, para tener un pequeño cardumen — decía José mientras caminaba seguro hacia la pecera con la cebra.

— Por el tamaño que me dice que tiene su pecera, puede llevarse otros dos, unos cinco está muy bien para que anden juntos. Además, los tenemos en promoción.

— Está bien.

El vendedor recogió los cinco peces en su red. La maniobraba de tal manera que daba la impresión de ver a un chef talentoso sacudiendo su sartén. Depositó los cinco peces cebra en una misma bolsa.

—¿Algo más? —preguntó mientras tomaba una caja de cartón para meter las bolsas con los peces.

—No, así está bien —dijo José mientras llevaba sus manos a las bolsas del pantalón.

—¿Ya tiene un caracol?

—No, como le mencioné sólo tenemos la pecera vacía y el filtro.

—Venga para que los vea, son necesarios: ayudan mucho con la limpieza de la pecera.

José siguió al vendedor. Elvira se quedó frente al mostrador observando la caja abierta con las bolsas de plástico dentro. El vendedor volvió con el caracol dentro de la red. Una babosa masa transparente asomaba de la concha.

Salieron del acuario. José cambió las bolsas a la hielera; no paró de hablar todo el camino de regreso. Elvira estuvo seria. No dejaba de pensar en el caracol metido en su bolsa de plástico, observando a los otros peces girar dentro de sus propias burbujas.

2

—A la pecera le hacen falta un par de santos y una borrega —dijo Elvira mientras José trabajaba en la instalación de la pecera. En un primer momento, Elvira quiso estar a su lado para depositar juntos los peces, armar los filtros o dejar caer la grava de colores en el fondo sonoro de la pecera; pero terminó por tomar asiento en el sillón frente a la pecera y observar cómo José trabajaba en ella. José no contestó—. Cuando recién la trajiste pensé que eran parte de la temática.

—¿Cómo? —José estaba distraído en la instalación de los filtros.

La vieja llegó a la sala. Aunque era una mujer bastante delgada, sus pasos eran pesados, similares a escuchar las sillas del comedor arrastrarse por la madrugada.

— Te quedó bien bonita, hijito.

— ¿Verdad que sí, mamá?

La vieja y José miraban de cerca el movimiento de los peces, todavía dentro de sus bolsas de plástico. Velia sonreía, estúpida, y su reflejo se distorsionaba en el cristal.

— ¡Qué bonito ese con manchas negras! — dijo la vieja mientras apuntaba con su dedo flaco un pez goldfish regordete!

Elvira se cruzó de brazos. Esa pecera la compró José de improviso. Así nomás, de la nada. Nunca antes mencionó si quiera el deseo de tener peces. Y ahora, cada vez que tenía oportunidad, compartía un dato extravagante sobre peces sin que nadie preguntara: que si la temperatura esto, que si los chinos de la antigüedad modificaron a estos peces, que si el pH o los niveles de nitrato, y lo otro. Elvira creyó que ese era un proyecto para ambos. No sabía de dónde sacó esa idea tan extraña. Quizá era el efecto retardado de esas estupideces que fantaseaba antes de casarse. José trajo esa pecera con unos monos ridículos dentro para complacer a su madre loca, y luego, por un instante feliz, fuera del tedio de la vida en esa casa ajena, Elvira volvió a sentir algo parecido a la felicidad y tuvo, a lo largo del camino al acuario, la reconfortante sensación de compartir algo con José, de no estar sola, de tener un pequeño sentido de vida que alimentar cada día capaz de sacarle la voraz necesidad de arroparse en la cama y esperar que los días pasaran sin ella, uno tras otro, uno tras otro y sin ella. Estaba sentada en el sillón, la espalda arqueada, mirando a su esposo y su madre (detrás de ellos un montón de peces con los ojos saltones y torpes nadaban de un punto a otro con la certeza patética de sentir que la vida estaba llena de posibilidades, sin darse

cuenta que siempre nadaban alrededor de cuatro cristales sarrosos). Elvira le pidió a José ser ella quien dejara caer el pez ángel.

— Este pez es muy delicado, Elvira. Hay que dejarlo caer con mucho cuidado. De esta manera — José tomó la bolsa de plástico con el pez ángel y la abrió con los dedos nerviosos. La introdujo en el agua y lo liberó, lento —. Ya lo ves, es de esta forma.

Sentada en el sillón, con la mirada perdida, la cabeza de Elvira se volvió una pecera de ideas en la que flotaban recuerdos como peces gordos y bobos. Después de su intento de suicidio, la psicóloga les recomendó a sus padres tener una mascota en casa. Ellos consideraron que la mejor opción sería un cuyo. El pobre animal murió una semana después de llegar a su casa. Ni su padre ni su madre recordaron recoger el veneno para ratas que colocaron en los rincones remotos del hogar apenas dos meses atrás, después de que demolieran un viejo edificio a unas cuadas de su casa y las ratas corrieran como locas buscando un nuevo refugio. No hubo ningún grito, sólo un silencio denso.

Elvira lo encontró con las patas tiesas y la cabeza torcida, estaba detrás del sillón de la sala. No esperaba a que el animal saliera tras su llamado, pero quería mostrarlo a sus primas. Ellas, en cambio, sí que gritaron. Hubo que sacarlas al parque para distraerse de la muerte. Elvira se sentó sobre el pasto fresco para mirar hacia la nada que quita y da sentido, hacia la nada que duerme y ahoga.

A esas alturas de su temprana edad adulta, la anécdota le parecía simpática a Elvira: un cuyo suicida para una chica suicida. Si ella hubiera encontrado esos rincones primero, entonces no habría anécdota y ese cuyo desgraciado habría muerto de viejo en una familia con menos problemas. Lo mejor de esto, según Elvira, es que, hasta donde ella sabía,

los peces no se suicidan, y es casi imposible que una mujer consiga ahogarse en una pecera.

José llevó esa pecera, escogió que sería una pecera de agua dulce: seleccionó el acuario, los peces y, para colmo, a ese repulsivo caracol. Si Elvira dejara caer su cabeza dentro, de seguro ese cochino molusco buscaría entrar en una fosa nasal, o debajo de un párpado, o entre sus labios. Y recorrería su cuerpo con un rastro de babas, fluidos y sangre. Lo sentiría moverse bajo su piel, recorrer sus piernas, entrar en sus órganos y empezaría a crecer su plaga debajo de su vientre hasta que el dolor, o el asco de estar viva, o ambas, terminaran con ella.

De toda la novedad de esa fantasía conyugal, sólo le interesaba a Elvira el pez ángel que flotaba casi dormido entre la agitación de los otros peces. ¿Tendrán voluntad sus movimientos o sería el ajeteo de los otros lo que lo mece en la nada?

—¿Por qué tienes esa cara, Elvira? Te la pasas con sueño. ¿qué no te gustó la pecera? —Elvira miró desganada a su suegra. No sabía qué decir, o quizá no tenía ganas de contestar algo—. Nada te contenta a ti. Deberías valorar a tu esposo, es un buen hombre, es un hombre de casa. En lugar de andarse saliendo todos los fines de semana con los amigos, ¡mira qué bonita pecera trajo a la casa!

La olla de presión chilló y la vieja se fue a la cocina. José alimentó a los peces. Miró su celular y dijo para sí.

—Se tienen que alimentar durante tres minutos, eso es suficiente para que todos alcancen.

Cuando pasaron los tres minutos, fue al comedor, se sentó, abrió una carpeta ancha y sacó un bulto de papeles sujetos por un clip. Dedicó el resto de la tarde a revisar los últimos exámenes del semestre. La casa estaba en silencio. Sólo escuchaban las burbujas que emitía el filtro: brotaban y se rompían al instante en la superficie de la pecera. Elvira

se levantó del sillón y se acercó a la pecera. Y ahí estaba el caracol, hasta el fondo, en una de las esquinas, apacible y monstruoso. Elvira estaba incómoda, era como si aquel molusco la mirara, no... como si la escudriñara; como si eso, gelatinoso y desagradable, ya lo supiera y deseara con desesperación.

3

Elvira evitaba encontrarse en el espejo. Incluso cuando se lavaba los dientes esquivaba su reflejo, ahí al otro lado, ahí quién sabe dónde, ahí quién sabe cómo. Recordaba el sentimiento después de la primera visita con el ginecólogo, de la sospecha absurda de sentir que su cuerpo no era suficiente cuerpo para parir, para dar vida. El pánico de imaginar que pudiera partirse en dos tras la salida de su hijo y, posteriormente, la triste confirmación de que ella no había sido suficiente ni siquiera para que creciera en su vientre seco un hijo, mucho menos para arrojarlo fuera. Ya no usaba maquillaje. La última vez que quiso pintar sus pestañas, encontró que su rímel estaba duro por el desuso. Le dio igual si seguía entre sus cosas o en la basura.

Se peinaba sin ánimos, desenredaba su cabello y se lo recogía en una cola de caballo.

El ciclo escolar concluyó y los maestros harían una pequeña reunión de cierre.

— ¿Segura que no vienes?

— Sí, me duele un poco la cabeza.

— Mi mamá tiene razón, no comes bien.

Elvira se giró en la cama para dar la espalda a José.

— Si quieres te traigo unas pastillas o algo.

— Así está bien. Si duermo un poco estaré mejor.

— Como digas. Vuelvo pronto.

Elvira cerró los ojos con fuerza, le ardían. Le dolía el cuello y la espalda baja. Escuchó el carro alejarse por la calle. Se enderezó y sentó en la cama. Sentía su cabeza pesada. Su suegra salió a rezar un rosario con el resto de las viejas piadosas del pueblo. La quietud gobernaba la casa. Elvira se puso de pie. Un mareo la obligó a apoyarse en el borde de la cama. La ropa le quedaba grande, por lo que debía levantar con su mano el pantalón caído mientras caminaba. Decidió ir a echarle un ojo a la pecera.

El sol estaba poniéndose y una luz cálida iluminaba la sala. Las figuras de porcelana sobre el largo bufetero proyectaban su sombra individual. Elvira se inclinó para ver con mayor claridad los peces. Se sobresaltó al distinguir reflejada sobre el cristal azulado el borde de su silueta. Escuchó unos pasos avanzar detrás de ella. Se giró. No era la vieja, tampoco su esposo. Era una mujer joven y cansada, con el cabello sujeto en una desgarbada cola de caballo que caminaba hacia la cocina.

El caracol se movía sobre el cristal. Era asqueroso ver esa boca sin dientes, con encías grises e inflamadas, avanzar. La mujer salió de la cocina llevando en sus manos un frasco. Tenía una sonrisa que alarmó a Elvira, con los ojos bien abiertos y moviendo la cabeza de un extremo a otro como si tuviera un tic nervioso. La mujer se acercó hasta la pecera, junto a Elvira, y abrió el recipiente. Metió su mano huesuda y sacó un puño de sal que comenzó a dejar caer sobre la superficie, como imitando la rutina diaria de José al alimentar a los peces. Volvió a repetir el gesto una y otra vez, hasta que su mano larga ya no pudo sacar más puños de sal, y entonces dejó caer el resto. Cuando terminó, se marchó a través del pasillo, meciéndose como un enorme molusco fuera del agua. Se fue desvaneciendo en la recámara de la vieja. Elvira volvió su atención hacia la pecera. Todo parecía igual, salvo por el color turbio que adquirió el agua, y los movimientos

nerviosos de los peces. La sal descendió hasta difuminarse con la grava. El caracol permanecía quieto, justo frente a Elvira. *¿Cómo matar un caracol? Son una plaga. Si estaban antes de que nosotros llegáramos aquí, antes que la vieja, después de nosotros, después de la vieja. Si ya se comieron el corazón de cada uno de los santos, si son las babosas ciegas y burlonas detrás de las cuencas de ese Cristo. ¿Cómo matar un caracol, que se arrulla en mi vientre y se alimentó de esos pequeñitos huesos que yo cuidé? Todo está lleno de caracoles, todo es caracol.*

Los días siguientes, los peces fueron muriendo. Se quedaban tiesos en el agua. Una especie de coma, o así lo quiso describir José. Tuvo que sacarlos a todos, los medio-vivos y los muertos. Los metió en una bolsa, con indecisión y mucho coraje por la pérdida, y los echo a la basura. Retiró el agua y limpió los filtros. Trajo garrafones con agua purificada y, por unos días, sólo estuvo la pecera llena de agua limpia. El sábado por la tarde regresó con una pequeña hielera llena de peces. No dijo nada a Elvira, pero ella supo, porque escuchó desde su cama una conversación descuidada entre José y Velia. No fue solo a C., a Claudia le parecían muy simpáticos los goldfish y los caracoles la impresionaban por la solemnidad de su forma de andar.

4

— Cuando yo estaba embarazada de ti, José, seguía haciendo cada una de mis labores. ¡Incluso si me llegaba a sentir mala, las terminaba! No dejaba ni de trapear, ni de plancharle a tu papá sus camisas, ni de lavar los baños — dijo Velia mirando de reojo a Elvira: quien llevaba su mano a la boca una y otra vez, debido a la náusea que le provocaba el intenso olor a pescado y huevo rancio por la humedad en la casa —. Ya ves tu prima, Mariana, no ha dejado ni un día de

ir a su trabajo. Y eso que a ella sí que le ha ido mal: la pobre se la pasa con vómito, tras vómito.

Elvira permanecía en silencio. Ya no esperaba otra cosa de esa extraña mujer. Los rasgos que en un principio le parecieron enternecedores, como todas las arrugas en su rostro y cuerpo, los ojos entrecerrados por los párpados caídos, el cabello largo y de un blanco platinado, el andar lento por la casa con su plumero en la mano sacudiendo polvo necio o telarañas, reales o irreales. Todos los detalles de una primera impresión, condescendiente y desesperada, perdieron su encanto. Sentía, ahora, una callada repulsión por esos actos cotidianos: desempolvar los santos; los trastes chocando entre sí; los quejidos, en especial cuando sabía que José o Elvira podían escucharlos; odiaba la sonrisa malintencionada y ese mirar de ave de rapiña cuando estaban los tres en la cocina; escudriñaba a Elvira para medir el alcance del dolor, la necesidad del sacrificio.

José no contestaba a su madre, aunque tampoco hacía falta. Daba tragos a su café y comía su desayuno de manera mecánica; los huevos con jamón bien podrían ser un puñado de piedras y lodo. Miraba su teléfono, una y otra vez, hasta que llegó el mensaje esperado.

—Nomás te voy a pedir algo, Elvira: si hoy también te vas a tumbar todo el día en la cama, avísame, porque debo salir por unos mandados y no quiero dejar la casa abierta. Luego se nos puede meter cualquier loco a robar, y tú ni cuenta.

—Yo pensé que este pueblo era un lugar seguro —respondió Elvira entre dientes—. ¿Vas a venir a comer? —preguntó a José.

—No lo sé —José bebió de prisa el último trago de su café—. Hoy tenemos asamblea con los otros maestros —la voz acelerada por la prisa—. Vamos a pedir pollo, porque la junta va a ser larga —explicó con la mirada huyendo hacia

objetos imaginarios que buscaba en la mesa desordenada de la cocina.

—Entiendo. Junta de maestros —dijo Elvira con tono cansado mientras se ponía de pie y se encaminaba hacia la recámara.

A lo lejos se escuchaba la voz de la vieja, dulce y melódica

—Son chiplerías de tu mujer.

5

El hospital era un lugar pequeño y viejo. Hizo que Elvira se sintiera en otro tiempo. Era de una sola planta, color amarillento desgastado por el paso de los años. La sala de ginecología era reducida también. José sólo pudo acompañarla hasta la entrada, donde una enfermera sentada frente a su escritorio los recibió. Tomaron asiento frente a la enfermera. Elvira tenía los ojos vidriosos y miraba hacia la litografía del calendario colgada en uno de los costados de la pared de enfrente: la imagen de una mujer cargando en sus brazos a un bebé recién nacido. Ella lo sujetaba con tanto cuidado y cariño, que daba la impresión de que la mujer lo estuviera cuidando de no resbalar de entre su abrazo hacia los meses por transcurrir del calendario, para que no fuera a ser nunca devorado por el tiempo.

—Ella tuvo un... —trató de explicar José.

—Tuve un sangrado —contestó Elvira a la enfermera tras el silencio.

—Entiendo —expresó la enfermera, tomando nota en su computadora.

La enfermera se quedó mirando a la pareja, a la espera de una explicación más larga.

—Está embarazada —dijo José, tomando la mano de su esposa.

—Entiendo, ¿cuantas semanas?

—Casi doce —respondió Elvira con la voz lejana.

Esa mañana encontró su ropa con manchas de sangre, marrón oscuro como pétalos amplios de una flor que lleva varios días marchitándose. Sintió un dolor en el vientre bajo, muy similar a los cólicos durante la menstruación. Elvira limpió la sangre y se sintió devorada por un monstruo dentro de su cuerpo. Unas pequeñas manchas de sangre ensuciaron el piso y el borde de la taza del baño. Ella limpió la sangre, se sentía herida y, sobre todo, avergonzada. Volvió a la cama con cuidado, con el presentimiento de que una herida abría su cuerpo en dos.

Se recostó con cuidado y llevó sus manos a su vientre. Llevaba algunos días sintiendo que aquella pequeña ilusión ya estaba vacía. Era absurdo sentirse sola.

Se lo dijo un par de noches a José.

—Es que eres muy delgada, ¡eso es lo que pasa!

Ella sospechaba, porque no había habido ningún cambio en su cuerpo (salvo que seguía siendo demasiado delgada), incluso un poco más después de esas primeras semanas de embarazo.

Elvira aferró su mano contra el vientre y se dijo, deseando que su voz resonara entre sus órganos, a través de sus pulmones jóvenes a través de sus venas y arterias, y todas sus ganas de ser madre, hacia ese lugar secreto dentro de su cuerpo, hacia su propia pecera donde nadaba su esperado pececillo incierto. *No te vayas, no te vayas... ¡no te vayas aún!*, gritó en lo profundo, fuerte, fuerte, fuerte.

José la miró con ternura, se acercó y acarició sus mejillas. Tomó su celular del buró y se dispuso a buscar información. No sabía qué escribir. Optó por poner palabras inconexas: “sangre, embarazo, primer trimestre”. No quiso ver videos, le pareció incómodo. Leyó de prisa y, como lo hacen los niños cuando van conociendo cosas nuevas.

— Elvira, no te preocupes. Mira, en internet dice que puede ser algo normal, parte del primer trimestre — dijo mientras volvía a acariciarla —. Parece que tiene hasta nombre, es algo por implantación. Todo va a estar bien — concluyó mientras la abrazaba.

La enfermera tomaba los datos de Elvira a pesar del temblor de su voz.

— Entiendo — decía la enfermera y luego se escuchaba el sonido seco de las teclas de una computadora vieja.

Cuando la enfermera terminó de llenar la forma, le pidió que la acompañara mientras continuaba con las instrucciones.

— Vas a pasar y te vas a poner una bata, están hasta el fondo; pones tu ropa en esta bolsa. Te vas a sentar y esperas a que alguno de los médicos te nombre — José avanzó detrás de Elvira, pero la enfermera lo detuvo en seco —. Usted no puede pasar, va a tener que esperarla ahí — le indicó con un dedo —. Y que le dé su bolsa para que se la cuide usted.

Elvira siguió las indicaciones y sintió la mano de su esposo sobre su hombro.

— Todo va a estar bien, Elvira — su voz un poco temblorosa.

En la otra sala de espera había tres mujeres, todas ellas embarazadas. Sentadas, con las manos debajo del vientre y las piernas abiertas hacia los lados. Tenían diferentes edades, aunque todas parecían ser mujeres jóvenes. Elvira se quedó de pie, mirándolas. No sabía dónde encontrar las batas ni el vestidor. Una enfermera pasó a su lado y le indicó dónde cambiarse. El vestidor era un cuarto pequeñísimo con una iluminación que parpadeaba con irregularidad. Elvira tomó una de las batas, le pareció grande, pero entre todas era la más pequeña. Quitó su ropa y se percató que esta estaba manchada de sangre seca. Guardó su ropa en una bolsa de plástico y se puso la bata. Abrochó los dos hilos largos

con calma y rodeó su cuerpo con los dos extremos de tela, temiendo revelar su cuerpo desnudo.

Dejó la bolsa de plástico con su ropa sobre una mesa junto al vestidor, y se sentó lo más lejos posible de las otras mujeres. No quería que se dieran cuenta de que las miraba, no quería que descubrieran su recelo. Elvira también estaba embarazada, también estaba esperando, también vio una prueba positiva y le confirmó un médico la nueva condición de su cuerpo; pero Elvira dudaba. Llevaba la última semana sintiéndose vacía, de una forma distinta a los otros vacíos que había conocido. Sentía que su vientre, de casi tres meses de embarazo, era la cueva de un fantasma que soplabla hacia el exterior coágulos nauseabundos de sangre molida, como si todo su vientre fuera las entrañas calientes de un caracol. Su abdomen tenía apenas una ligera inflamación, no muy distinta a la de cualquier periodo menstrual. No se parecía en nada a la de esas mujeres.

—Silvia, Silvia... —se escuchó la voz de uno de los médicos, quien asomaba medio cuerpo de su consultorio.

Una mujer joven con una gran barriga se puso de pie y caminó con dificultad hacia el consultorio. Se llevó una mano a la espalda para tratar de sujetar su bata, pero su cuerpo era tan grande que dejaba al descubierto su espalda y parte de sus nalgas. La mujer entró al consultorio y la sala volvió a quedar en silencio.

En medio de la quietud, Elvira sintió las lágrimas calientes resbalar por su cara. No quería que se escucharan sus sollozos. Después de un rato de reprimirlo, su nariz empezó a moquear. No encontraba los baños y ninguna de las otras dos mujeres sabía dónde estaban. Hacía rato que pasó una enfermera por la sala. Elvira comenzó a sorber los mocos a la espera de una enfermera o intendente que pudiera decirle de donde sacar papel. A lo lejos de uno de los pasillos se escuchaba el cuchicheo y la risa de los enfermeros. Elvira

usó el borde de su bata con discreción. A los pocos minutos apareció una mujer de intendencia empujando el balde del trapeador.

—Nos vemos en un mes —se alcanzó a escuchar mientras la mujer salía del consultorio con una enorme sonrisa. La puerta del consultorio se cerró. La mujer avanzó hacia la mesa, tomó su bolsa de ropa, se vistió y salió de la sala de espera. La mujer más joven fue la siguiente en pasar. Caminaba con mucha dificultad. Esta vez ella no fue recibida por el médico que atendió a Silvia, sino que una enfermera llegó del pasillo gritando su nombre y la encaminó hacia el consultorio. A Elvira le pareció una adolescente por su cara todavía aniñada y su cuerpo pequeño, más pequeño aun cargando esa enorme barriga.

Después de un rato, llegó una enfermera con una silla de ruedas para trasladar a la adolescente embarazada a otro piso. La primera enfermera en recibir a José y Elvira, gritó un nombre hacia la sala de espera principal y una mujer, de cincuenta y tantos años, apareció. Tenía semblante preocupado, parecía ser la madre de la muchacha. Hablaron en voz baja y se abrazaron. Elvira no podía dejar de pensar que se trataba de una chica soltera, y que ese niño posiblemente no tendría un padre.

Llegó el turno de Elvira. Las risas recorrían el pasillo y reventaban en el silencio de la sala de espera, donde Elvira y otra mujer aguardaban entre sillas vacías. Una enfermera asomó y llamó a Elvira. Ella se puso de pie y sintió el calor de la sangre en el centro de su cuerpo. Le incomodó avanzar, así que apretó las piernas esperando que la sangre no dejara un rastro a su paso. Pese a su esfuerzo y su vergüenza, unas pocas gotas escarlatas quedaron detrás de ella, en el piso blanco del pasillo. Elvira entró en el consultorio. Sintió cierto alivio al ver que era una ginecóloga. Tomó asiento

y respondió con timidez a las preguntas de la doctora, las cuales eran las mismas que hizo la primera enfermera.

— Recuéstese por aquí — indicó la enfermera —. Está sangrando — explicó a la espera de una indicación.

— Ponga de esas servilletas.

— Abra las piernas, voy a introducirlo — ordenó la ginecóloga a Elvira.

— Puje — indicó la ginecóloga con sequedad —. Listo.

La ginecóloga desplazó el ultrasonido por el vientre de Elvira. Permaneció en silencio. Elvira escuchaba el sonido hueco de su cuerpo en exploración.

La ginecóloga tenía la mirada fija en el movimiento del monitor. Se detuvo en seco.

— Aquí está — dijo a secas, dirigiéndose a la enfermera.

— Es mi bebé — balbuceó Elvira, girando lo más que pudo su cuello para ver el monitor.

La pantalla era una pecera en tinieblas. En lo más profundo del océano, en lo más escondido de su cuerpo, en esa cueva vacía y doliente, apenas se vislumbraba una mancha plateada, la placa de un pececillo de plata, flotando en vertical, traslúcido como el fantasma de una vida inerte.

— Aborto diferido — dictó la ginecóloga a la enfermera, quien tomó nota en su libreta.

6

Elvira no logró dormir las noches siguientes. Daba vueltas en su cama, impaciente, deseando que amaneciera pronto. En el día, José se iba a la escuela y volvía pasadas las cuatro. La vieja desempolvaba la casa entre rezos interrumpidos.

— Yo también quisiera estar tumbada toda la mañana, pero Dios no me hizo huevona — decía y decía la vieja cada vez que pasaba junto a la recámara de José y Elvira.

Los primeros días después del legrado no dijo nada, sólo rosario tras rosario y el sonido de las cuencas al rozarse entre sí. Elvira creía que ahí sí que no habló, porque la vieja sí que le tenía miedo a esas cosas. Elvira se percató el día de la sangre, cuando José, con la cara escondida por la vergüenza, le pidió su opinión y la sangre ya iba haciendo un hilar asimétrico entre las piernas de Elvira hacia las sábanas.

—Eso no es normal —dijo Velia con la boca torcida—. Eso no pasa cuando una está esperando.

Elvira habría querido llamar a alguien, a su madre o a una amiga, pero, de golpe, se dio cuenta que estaba sola. Su madre rara vez contestaba sus llamadas y, cuando lo llegaba a hacer era para hablarle sobre sí misma. Mientras estuvo en las labores de aborto le llamó un par de veces, pero nunca respondió. Su madre devolvió la llamada cuando Elvira estaba en el quirófano. Se lamentó mucho de no poder acompañarlos, pero era imposible volver de su viaje espiritual de ayahuasca.

Elvira perdía el sueño después de visiones extrañas, aunque le costaba distinguir cuando estaba dormida o despierta, cuando recordaba, o cuando le dolían las entrañas.

La subieron a piso en una silla de ruedas después de avisarle a José. No le importó más a Elvira los fluidos de mocos transparentes cayendo por su cara, ni las lágrimas, ni la hinchazón en sus ojos, ni los coágulos de sangre entre sus piernas. Se abrazó con fuerza contra el pecho de José y dejó que los sollozos crecieran. La llevaron a piso, a una habitación larga con varias camas, casi todas vacías. Ahí estaba también la chica de la consulta, quien le pareció todavía más joven a Elvira), sentada con las piernas estiradas y cubiertas por sábanas blancas. La cama de Elvira estaba al otro lado de la de la joven. Ambas serían compañeras de cuarto en las siguientes horas. Ambas estarían en labores: esa niña de

golpe crecida, de golpe duplicada, y Elvira como una tumba reciente, un sepulcro inerte al que se debe profanar.

—Se va a tomar una de estas. Va a empezar a sentir contracciones. Primero leves y luego más intensas. Me tiene que avisar en cuanto las comience a sentir —explicó la enfermera.

—¿Y la sangre?

—Va a seguir. Se levanta al baño con cuidado. Esté bien atenta por si arroja una bolsita

—¿Una bolsita?

—Sí, como de este tamaño —respondió la enfermera mientras indicaba con sus dedos índice y pulgar un tamaño imaginario de tres centímetros.

—¿Ahí va a venir mi...?

—No, ese ya hace rato que se perdió. La bolsita es una cosita así pequeña. Sí tiene que estar bien atenta, porque lo deseable es que solita arroje los despojos. Si no, la van a meter a quirófano para sacársela.

Elvira estuvo las siguientes horas atenta a cualquier cambio en su cuerpo. La sangre todavía goteaba. La chica de al lado dio a luz por la tarde. Elvira presenció cuando, después del parto satisfactorio, una enfermera alegre llevó al bebé con su madre. Era una niña, con mechones oscuros de cabello y la piel delgada y lustrosa. Lloraba y su madre la mecía con ternura y le decía palabras bonitas en voz baja, casi indescifrables para Elvira, pero en todo caso efectivas, pues calmaban la angustia de la bebé. Elvira no dijo nada. Sí tuvo ganas de decir algo como “muchas felicidades”, “es una bebé hermosa”, o cualquier otra cosa, pero no pudo. La enfermera observó a Elvira mientras esperaba unos minutos antes de volver a llevar a la bebé al cunero. Luego se acercó a Elvira y le dio una palmada en el hombro.

—Al rato se le hace uno —dijo con una sonrisa—. Llevo muchos años aquí y he visto mujeres ir y venir: unas salen

con sus criaturas en brazos; otras se van sin nada. Usted está joven y tiene marido. Al rato Dios le da la oportunidad de ser madre.

En la noche la despertó un ruido que provenía de fuera de la habitación. La chica adolescente dormía en un sueño profundo, Elvira podía escuchar su respiración. Las luces de la habitación estaban apagadas, pero un resplandor opaco y amarillo entraba por el pasillo. El ruido se intensificó. Era como el de un animal que engulle con desesperación un alimento. La sangre seca en su vello púbico le incomodaba al moverse. Elvira se detuvo en seco, a unos cuantos pasos, a través de una puerta entre abierta se dejaba ver un lavabo. De espaldas a Elvira, de cuclillas y frente al lavabo, estaba una enfermera. La mujer bebía de una bolsa de plástico un líquido que corría como manchas entre sus manos y su mentón. Era el olor de la sangre, lo supo de inmediato. Ese olor metálico que la envolvía desde el día anterior, y que se percibía con cada uno de sus movimientos, aunque reposara en la cama y girara su cuerpo hacia un costado. La náusea le hizo tragar saliva con dificultad. La enfermera estaba absorta en su tarea, con la respiración acelerada y el paso turbio de la sangre por su garganta. Elvira dio media vuelta y avanzó lo más rápido que pudo. La chica dormía plácidamente y el fresco de la madrugada comenzaba a sentirse en la habitación. Elvira se metió en su cama y se tapó con torpeza con la sábana. Cerró con fuerza los ojos, y espero con inquietud que transcurrieran pronto las horas.

—¿Arrojaste algo? —preguntó la enfermera a Elvira muy temprano por la mañana.

—Sólo he estado sangrando.

—En un par de horas vendrá un médico para ver qué va a pasar —explicó la enfermera mientras se disponía a tomar los signos vitales de Elvira.

Elvira se sobresaltó, en el uniforme impoluto de la enfermera, a la altura de su pecho, resplandecían unas diminutas gotas rojas.

—¿Estás nerviosa? —dijo la enfermera—. Tu ritmo cardíaco está acelerado —Elvira miró con terror a la enfermera—. Es una intervención rápida. Va a depender de la dilatación de tu cuello uterino. Además, vas a estar anestesiada. Ya vendrá más tarde la doctora y te dirá que va a pasar.

LA LLUVIA

Elvira estaba recostada en la cama, sentía su espalda adherida a las sábanas por el sudor que no podía dejar de transpirar. La ventana abierta enmarcaba un cielo semi nublado y una brisa bochornosa corría por la habitación. La excesiva humedad daba una sensación de costa. Elvira sentía un deseo irreprimible por dormir, pero ni el calor ni los ruidos de José y su madre se lo permitían. Tenía los ojos cerrados.

— ¡Ella acostada y nosotros preocupados por la lluvia que se nos va a venir encima en cualquier momento! — gritaba la vieja mientras golpeaba entre sí dos ollas de latón.

José estaba de pie frente a su pecera, consternado por las severas goteras en el techo. Algo le rondaba la cabeza, pero le costaba trabajo externarlo.

— Oiga, mamá, ¿podría mover los santos para un lado para poner la pecera sobre el bufetero? — preguntó, tímido.

La vieja se inclinó para acomodar una olla.

— Soy una anciana, me mata el dolor de espalda.

— Bueno, pues, ¿y si me la llevo para su recámara? — reintentó José.

La vieja se enderezó haciendo sonoros sonidos de dolor.

— Yo no voy a poder ayudarte a moverla: soy una anciana. Y tú no vas a poder solo, esa pecera está muy pesada — dijo la vieja entre pujidos, sin retirar sus manos de la espalda.

El cielo se cerró por completo y los truenos se escucharon cercanos. José fue hacia la recámara y se apoyó contra el dintel de la puerta.

— Elvira.

Elvira continuó con los ojos cerrados, parecía sumergida en un sueño profundo.

— Me gustaría que me ayudaras a mover la pecera al cuarto de mi mamá antes que empiece a llover.

José se sentó en el borde la cama y acarició con cariño el pie de su esposa.

— ¿Puedes? — insistió — . Es demasiado pesada para mí y si no la cambio de lugar lloverá sobre los peces.

— Ponla con los santos, a ver si se compadecen y te hacen el milagro de que no se mojen tus peces — contestó Elvira mientras retiraba su pie y se giraba en la cama.

— No puedo, Elvira.

— ¿Por qué no puedes?

— No puedo — suspiró José — . Mira, Elvira, te lo pido en serio, sólo es moverla a la recámara de mi mamá, ahí no hay goteras.

— Dijiste que ibas a arreglar las goteras — dijo Elvira sentándose en la cama.

— Por favor, sólo es llevarla al otro cuarto.

Los relámpagos se escucharon más intensos. Elvira se puso de pie. Tenía la camiseta aguada pegada al cuerpo y se arqueaba una cordillera de huesos por su espalda, pues había perdido mucho peso en los últimos meses. Estaba cansada casi todo el tiempo y tenía poca fuerza. La vieja se retiró a su recámara donde rezaba un rosario.

— Sálvanos, padre nuestro, de la lluvia...

Comenzaron a caer las primeas gotas, y la tarde refrescó. La lluvia era suave. Unas cuantas gotas resbalaban entre las goteras de la casa hasta rebotar en los recipientes dispersos por el suelo.

Elvira sintió repulsión al palpar con sus manos la pecera. Sabía que él estaba dentro, sabía dónde solía esconderse, por eso buscó levantar a pecera desde el extremo más alejado del caracol.

— Ten cuidado, Elvira. Debimos haberla movido antes de poner los trastos en el suelo — dijo José mientras se acomodaba Frente a Elvira para levantar la pecera.

La vieja continuaba con sus rezos. La lluvia era suave. Elvira sólo deseaba acabar de una vez con eso y volver a la cama. Quería volver y enrollarse en sí misma y dormir. La pareja cargaba con la pecera, uno a cada extremo. Los peces se movían nerviosos y el caracol comenzó a deslizarse entre las paredes de la pecera. La masa gelatinosa se detuvo al otro lado de la mano curvada de José. Daba la impresión de ser una extensión del cuerpo de él. Elvira sintió el corazón acelerarse, las manos sudar y su paso se entorpeció, con el pie derecho volteó una olla de peltre.

— ¡Fíjate dónde pisas, Elvira!, no te vayas a caer.

El caracol continuo su camino de babas por el cristal. La lluvia se intensificó. La luz se fue por unos minutos haciendo que la pareja se detuviera en mitad de la sala.

— ¡Pinche madre, ya se vino la lluvia!

La lluvia caía por todas partes. El techo se desprendía en trozos húmedos. La vieja detuvo sus oraciones y corrió a la sala.

— ¡Es culpa tuya, Elvira, por andar con tus pendejadas! ¡Muévete, rápido!

Las grandes y copiosas gotas de lluvia caían por todas partes, incluyendo la pecera. Rebotaban sobre las ollas que ya comenzaban a llenarse. Un pedazo de techo se sumergió

dentro de la pecera. Los peces se abalanzaron sobre este, y lo fueron devorando. El caracol no detenía su paso.

— ¡Ya no quiero! ¡Ya no quiero, ya no quiero! — gritó Elvira, primero con una voz temblorosa y apenas perceptible, después en un grito desesperado.

La vieja trató de sostener también con sus manos esqueléticas la pecera.

— ¡Ya no quiero!

— Ya casi llegamos, amor, por favor.

— ¡No, no, no quiero!

José quitó con sus pies los trastos del suelo y fue bajando la pecera. La vieja se enfureció.

— ¿Qué pasa contigo, Elvira? ¡No es momento para tus pendejadas!

— ¡No quiero! ¡No quiero, no quiero! — repetía Elvira en sollozos. El caracol se movía tras los cristales de la pecera, muy cerca de las manos trémulas de Elvira. Dejaron la pecera en el suelo y José fue hacia la cocina en busca de algo con que cubrirla. La lluvia arreciaba. Elvira se dejó caer en el suelo, tenía el cabello y la ropa pegados al cuerpo.

— No quiero, no quiero... — repetía mientras se cubría la cara con las manos. Grandes trozos de techo comenzaron a desprenderse con la fuerza de la lluvia. El agua de la pecera se rebasó. El caracol ya asomaba sus antenas por el borde de la pecera. Elvira lo miró entre las lágrimas y se fue recorriendo hacia atrás tirando los recipientes detrás de ella. El agua no dejaba de caer. Entonces un pez dorado, el primero, saltó fuera de la pecera.

Luego, fue el caracol. Se abrió camino hacia Elvira, entre las ollas y los charcos del piso. Elvira dio un grito desgarrador que hizo volver a José con la tapadera grande de una olla en las manos. José vio al pez moverse en un charco. Elvira se apresuró de rodillas hacia la entrada de la casa. Se apoyó de la perilla para ponerse de pie y salió de la casa.

La lluvia siguió por más horas. Una corriente de agua turbia avanzaba por la calle acarreando ramas rotas y basura. Ahí estuvo Elvira, fuera de la casa, sintiendo los golpes del agua por todo el cuerpo. Elvira escuchó, de súbito, cómo se desmoronaba el techo de la casa con la tormenta. Se sentó al borde de la puerta principal, tratando de cubrirse de la lluvia bajo unos pocos tejados que aún resistían la constancia de la tempestad. Más tarde, cuando al fin escampó, Elvira se asomó por la ventana hacia la sala y los pudo ver, eran cientos de caracoles, unos prensados de las lámparas de la sala; muchísimos, pequeños y viscosos, entre los santos y vírgenes, como una plaga cálcica que consumía sin prisas las porcelanas amorfas; otros recorriendo con parsimonia los cabellos plateados de la anciana, que flotaban en el agua como algas espectrales; una fila de caracoles sobre el pecho hinchado de José, ascendiendo hacia su boca abierta y oscura; otro más, gigante, pendiendo del candil principal de la estancia. También nadaban un par de peces, como destellos de luces que pronto se perderían en la superficie del agua revuelta. Se le estremeció la piel, ahí estaba el caracol, el mismo repulsivo caracol con sus antenas levantadas, mirándola con paciencia.





Descarga gratuitamente toda la colección del
Programa Editorial Chihuahua en:

www.pech.icm.gob.mx

Este libro se terminó de imprimir en el año de 2025
con un tiraje de 300 ejemplares.

Impreso y hecho en México.

